

TO

A

4













# EL ACUEDUCTO

DE

# SEGOVIA

POR

D. Enrique Corrales y Sánchez.



MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Plaza de la Paja, núm. 7 bis.

—  
1889



EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA



EL ACUEDUCTO

DE

SEGOVIA

POR

D. ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ



MADRID

IMPRESA DE ENRIQUE RUBIÑOS

Plaza de la Paja, núm. 7 bis.

—  
1889

---

Es propiedad.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.

---





## INTRODUCCIÓN

**P**ARA un devoto del arte, no puede ser motivo de cansancio la larga contemplación de un monumento que, como el acueducto de Segovia, ostenta en grado eminente cualidades tales de superioridad y de grandeza, que le colocan entre las maravillas más portentosas que la mano del hombre ha producido en el transcurso de los tiempos.

La vecindad en que he vivido con la mole no ha podido producirme indiferencia, ni la continua observación ha llegado á causarme enojo; como no lo proporciona, aun cuando dure mucho tiempo, la conversación con un anciano discreto.

Como las aguas cristalinas y puras que fluyen de un manantial siguen naciendo mansas y tranquilas sin agotar su perenne fecundidad, que constituye su propia esencia, es el acueducto de Segovia, para el que con sosiego lo contemplé, origen abundoso de nobles pensamientos, en que el ánimo halla siempre plácido entretenimiento y alto empleo para sus más elevadas cualidades.

En todos tiempos, el aspecto de las ruinas ha conmovido profundamente á los hombres. Ver roto y despedazado lo que al aire alzara el artificio humano; observar desiertos y despoblados parajes habitados en otras edades por numerosas gentes; sorprender en la columna volcada, ó en el frontispicio caído, la idea que guió al constructor primitivo; mirar la invasión de la Naturaleza, destructora de las obras que, aunados el trabajo y el genio, produjeron en remotos días; todo cuanto el pensamiento, absorto intensamente en la ocupación de considerar las cosas que fueron y que yacen destrozadas, puede entrever y adivinar, por virtud de la reflexión, lleva al corazón sentimientos de melancolía y de tristeza infinitas. La suntuosidad opulenta de las ciudades, la grandeza de los conquistadores, el imperio de los fuertes, los pueblos y las civilizaciones sumiéndose en los senos de la

Historia, aparecen al conjuro de las desparramadas ruinas, dejando en el alma el desconsuelo de nuestro inevitable destino perecedero, como huéspedes fugitivos que somos de la tierra. Pues todas estas ideas, con su sucesión ilimitada de pensamientos capaces de abarcar los mundos en sus espacios inmensos, nacen y crecen con mayor poderío ante los arcos majestuosos del acueducto segoviano; monumento insigne que por su venerable antigüedad excita las ideas que en el ánimo pueden despertar las más vetustas ruinas, unidas á las que absorben el alma al verle resistir impávido y enhiesto la muchedumbre de los años.

La obra que hace diecinueve siglos alzara un arquitecto desconocido en la ciudad de los arevacos, cumple todavía su objeto. El agua que bebo pasa por encima de un puente que, al objeto de traerla á mi hogar y al de mis convecinos, construyó un hombre que nació en el mismo siglo que Jesucristo. Subsiste en pie el arrogante edificio, bello y sorprendente como el primer día de su erección, ennoblecido por el transcurso de los tiempos, como anciano venerable cargado de canas y de virtudes.

Sus piedras, mudas y muertas para el indiferente, hablan con encanto misterioso al que sabe interro-

garlas. Con ellas he tenido largos coloquios, de que en vano trataría de dar cuenta.

Para el alma entusiasta hay en el albor del pensamiento diálogos internos que se desvanecen como niebla vaga al querer traducirlos en palabras. Figuráos á un ignorante relatando su conversación con un sabio de primer orden; á un rústico hablando con Newton ó con Calderón, con Galileo ó con Shakespeare; sin duda podrá referir el trazado general del diálogo, la idea borrosa del conjunto, la sucesión armónica de pensamientos en la plática; pero el sentido íntimo, la alusión delicada, la sentencia oculta, el tono sobrio y adecuado, el rasgo de genio, escaparán á su penetración y no podrá vaciarlos en sus discursos.

Por manera semejante, al hablar el gigante de piedra con la serenidad clásica de su antigüedad excelsa, habrá podido mi pensamiento atisbar quizá, en momentos determinados, toda la trascendencia y sublimidad de su mudo lenguaje; quizá lo habrá asido en la vaga penumbra de las ideas; mas no podrá dar de él compendiado resumen, como no es posible presentar en su mágica y atractiva seducción las imágenes que rondan dentro de nuestro cerebro en los umbrales del sueño.

De igual modo que la muerte despoja al robusto

mancebo de su vestidura de carne, y solamente deja el árido esqueleto, remedo de la humana figura, la palabra torpe y fría no puede expresar en el común lenguaje cuanto el alma experimenta de intenso y hondo ante el espectáculo del coloso de piedra que desafía, firme y recio, los embates de los siglos. Pase al papel el ligero bosquejo de lo sentido ante el acueducto de Segovia. Su estructura, su historia, sus confidencias, obtenidas tras larga contemplación; el recuerdo de las pasadas edades, su prosapia, su estado actual; los recuerdos que despierta, los problemas que agita su contemplación muda en las profundidades de la conciencia; la nota del pajarillo que pía posado en sus piedras y la tempestad de ideas que levanta en la región del pensamiento escudriñando la lejanía de los tiempos; todo confuso y revuelto como ha cruzado por el cerebro, estámpelo la pluma, incapaz de elevarse á la altura del asunto.

El constructor de la obra hizo algo más que un artificio para conducir agua: reunidos los pedazos arrancados á la roca y agrupados en orden simétrico, alzó en el espacio una obra de arte bellísima y armoniosa; una entidad reflejo de un pueblo, el trasunto de una civilización; un himno, una oda, una arenga de piedra que entona al través de los

siglos, ante las generaciones atónitas, la grandeza del nombre romano. Y el nombre romano, que abarca casi todo el espacio de la Historia que nos es dado conocer sin sombras ni nebulosidades, es algo inmenso, como el mar, como las profundidades del cielo, ó, mejor aún, como la intensidad ilimitada del pensamiento humano.





# I

## CONTEMPLACIÓN

**H**AY naturalezas completamente refractarias al arte. Mostradles las maravillas del genio, y permanecerán fríos é indiferentes, sin que brote en su corazón un latido ni un pensamiento en su frente. La casta Venus de Milo, el Apolo de Belvedere, el Moisés de Miguel Angel, son para estos seres como un bloque cualquiera de mármol; el Descendimiento de Rubens, la Ronda de Rembrandt y las Meninas de Velázquez, escenas sin interés al-

guno; la música, el ruido que menos desagrada; el monólogo de Hamlet ó el de Segismundo, sonsonete vacío é inoportuno; el patio de San Juan de los Reyes, ó el de los Leones en la Alhambra, parajes buenos, á lo sumo, para tomar el sol en un hermoso día del invierno.

Estos hombres son los ciegos del sentimiento, y en su misma insensibilidad llevan su castigo, incapaces como son de experimentar los goces inefables con que el arte brinda á sus fervientes adoradores.

Aun en cada una de las manifestaciones del arte son muy diversas y complicadas las impresiones que produce en el ánimo absorto del espectador. Como el color tiene sus matices y el sonido su intensidad, tiene el sentimiento graduaciones insensibles, que sólo pasmosa ductilidad de frase ó flexibilidad de lenguaje pudieran expresar de manera exacta y adecuada. Hay, en cambio, otras explosiones de sentimiento, que se marcan con caracteres tan claros, nítidos y precisos, que su expresión es sumamente sencilla.

El acueducto de Segovia es una obra que admira más que agrada; carácter distintivo y verdaderamente peculiar de la arquitectura romana. El efecto que en el observador produce es de asombro



y de sorpresa. Claro está que hablo de aquellos cuyos ojos les sirven para ver; hay que distinguir siempre entre los que miran y los que ven, y estas líneas, naturalmente, sólo pueden referirse á los segundos. Cuánta sea la belleza que el hermoso ornamento de Segovia en sí encierra, basta á enunciarlo la exacta aseveración de que, aún por muy acostumbrado que el espectador se halle á verse en su presencia, basta detenerse á contemplarlo para experimentar con honda intensidad la misma admiración y asombro que la vez primera que se presenta ante sus ojos. No es necesario decir que esta afirmación no envuelve la ridícula y risible aseveración de que, quien á la continua se halla en contacto con el acueducto, esté siempre con ojos fijos y estéticos ante la obra. Pero es lo cierto que, como queda dicho, basta en cualquier momento suspender el orden de ideas en que se agita el espectador, y tender su vista por la imponente mole, para sentir el ánimo sobrecogido por el pasmo y la sorpresa. Estas emociones experimentaba seguramente, según apunta en su libro, el veraz y exacto D. Andrés Gómez de Somorrostro; y cuenta que, como nacido en Segovia, se hallaba desde su más tierna infancia connaturalizado con la estu-  
penda obra de los romanos. El que estas líneas

escribe, ha tenido ocasión de observarlo miles de veces, y puede asegurar que siempre le ha producido idéntico resultado. A veces los cambiantes de luz, la hora en que la contemplación se efectuara, quizá el mismo interior estado, más ó menos predispuesto á experimentar las purísimas emociones del arte, han coadyuvado á que extrañas particularidades, que á veces escaparan á su examen, se presentaran con claridad ante sus ojos.

No ha habido hora ni tiempo en que haya dejado de absorberme en el espectáculo de la soberbia mole. A veces, cuando en las noches de Enero el astro tibio despide su vívida claridad, rival de la del día, he apartado de los cristales de mis balcones el hielo condensado dentro por la glacial temperatura del exterior, ansioso de contemplar una vez más los arrogantes arcos bañados por la tenue y dulce claridad de nuestro pálido satélite. Según la hora, las sombras proyéctanse de diversa manera, y siempre el efecto es mágico y predigioso.

Hermoso es el puente á la luz del sol, y con ella ostenta toda su grandeza y puede admirarse su color venerable, que inclina á saludarle como á un anciano respetable; pero, conocedor de la obra, prefiero admirarla de noche, cuan-

do, confundidos los detalles, sólo dejan percibir la soberbia majestad del conjunto.

En las noches de estío, más de una vez en las altas horas, cuando la ciudad duerme en el silencio y calma del reposo, he pasado largo tiempo admirando la obra con el mismo encanto que si por primera vez se ostentara ante mi vista en toda su soberana grandiosidad. La serenidad del cielo tachonado de estrellas; el silencio solemne de la ciudad entregada al reposo; los arcos del acueducto, ojos escudriñadores, siempre abiertos, como mirando con perenne atención; las piedras que, agrupadas en orden simétrico, tienen toda la majestad de las ruinas: todas estas cosas reunidas, embargan el alma de no sé qué extraño melancólico sentimiento, lleno de misterio y de poesía.

No son ya los sucesos del pasado los que, en alas impalpables del recuerdo, cruzan por la mente bajo la frente cargada de pensamientos; son otras las ideas que se agitan y que toman dirección contraria, abismando más y más el entendimiento en el insondable problema.

Parece como que el porvenir pretende rasgar ante nosotros su velo y presentarse delante con todo el aspecto vivo y exacto de las cosas reales. Pero al tratar de asir el tenue fantasma que ante

los ojos se agita, desvanécese y se pierde, sin dejar en pos de sí más que líneas vagas y confusas. ¡Cuántas generaciones habrán todavía de pasar bajo tus arcadas, monumento soberbio que contempló entre el silencio y el reposo! La humanidad seguirá su carrera al través de las edades, y el pensamiento se cansa en vano procurando investigar los problemas que encierra el porvenir. Podrán el político y el filósofo, estudiando atentamente la sociedad en que viven y se agitan, y recordando la frase profunda de Leibnitz, «el presente, hijo del pasado, engendra á su vez el porvenir;» podrá el poeta con su intuición sublime, recogiendo las aspiraciones de los seres con quienes comparte la existencia, y de la época en la cual brilla su estro; podrán, digo, unos y otros anotar los lineamientos generales del camino á que la civilización se dirige, y hasta los acontecimientos que en un espacio relativamente breve habrán de desarrollarse en las naciones que marchan á la cabeza de la cultura universal; pero más adelante, en la lejanía insondable de los tiempos futuros, cae la venda sobre los ojos, oscuridad profunda sirve de valladar al pensamiento, y parece como que un genio contiene el atraído vuelo de la idea en el hombre y le dice con voz formidable: ¡No acertarás!

¿Qué será el mundo dentro de diez siglos? ¿Qué leyes regirán la vida de la sociedad? ¿Qué usos y costumbres serán régimen de su existencia? Sólo la fantasía puede contestar á estas preguntas. Diez siglos, Roma lo prueba, bastan para que un pueblo insignificante y desconocido se alce como árbitro supremo del mundo, le rinda bajo su yugo y caiga después despedazado y roto, como abrumado bajo el peso de su propia historia.

Viejó monumento, que contemplo al centellear de los astros, que también verán desarrollarse los hechos que ha de realizar la humanidad en su vida; tú, antiguo y venerable espectador de los sucesos acaecidos á los hombres, mantenido en pie por tu propia y virtual fortaleza y por el cariñoso cuidado de las generaciones por venir, sabrás lo que á nuestra vista se oculta entre las espesas nieblas que la luz de la razón no acierta en modo alguno á disipar. Entonces ni recuerdo quedará de tantos y tantos seres como formamos el vulgo uniforme de la humanidad. La fama, quizá harto impura, de algunos, flotará por encima del perdurable olvido á que la masa total de los seres se halla fatalmente destinada. Ni rastro quedará de nuestras pasiones y nuestros pesares, de nuestros goces y nuestras afecciones; con convicción absoluta hay que excla-

mar, como el Eclesiástico: *Vanidad de vanidades, y todo vanidad*. Desde lo más hondo de nuestra alma hay que asentir á lo que en su conciso lenguaje manifestaba Epitecto. A cada una de las cosas que causan placer ó utilidad, ó que sean objeto de tu cariño, acuérdate de decirla, empezando por las más importantes: ¿Qué cosa es ésta? ¿Yo amo un vaso de barro? *Sí; es un vaso de barro lo que amo*. Verdades amargas y profundas, en las que coinciden la religión y la filosofía.





## II

# DESCRIPCIÓN

**A** dos leguas de distancia de los montes Carpetanos asentó Segovia su caserío en un elevado peñasco que bañan las aguas del río Eresma y del arroyo Clamores. Su situación topográfica marca la importancia que á la natural defensa dieran los primitivos fundadores, poniendo sus hogares al abrigo de los ataques de los extraños. Los tiempos eran de lucha y de combate; y aun cuando eran las gentes incultas y salvajes, movíales á establecerse

en paraje tan abrupto el instinto de conservación, ese sentimiento que late con fuerza imponderable en todos los grados de la vida animada, desde el organismo semivegetal que sueña con la voluntad en las profundidades del Océano, hasta la sociedad humana constituída por el pueblo más adelantado de la tierra.

Apercibidos de tal suerte á la defensa, vivieron largo tiempo los habitantes de Segovia, viendo á sus pies correr numerosas y límpidas las aguas del río, sin que pudieran llevar á sus labios una sola gota que no representase un penoso esfuerzo consumido en la tarea. Civilizaciones más avanzadas hubieron de suceder á la natural sencillez de los habitantes primitivos, y hubo, sobre todo, de enseñorearse de la ciudad y su comarca un pueblo adelantado y fuerte, culto y poderoso como el pueblo romano, para que cesase el suplicio de Tántalo á que los habitantes de la ciudad se veían sometidos.

En época más adelantada, la provisión de las aguas hubiérase verificado probablemente elevando las del río por medio de artificios que hubiesen hecho cesar la angustiosa situación de sus moradores. Desconocedores los romanos de las leyes por que se rige la Hidrostática, apelaron para lograrlo á un medio natural y sencillo en su concep-



ción, pero de dificultades casi insuperables en su desarrollo. La idea no era otra cosa que la de llevar á la ciudad las aguas que á tres leguas de distancia brotan en los manantiales de la sierra de Fuenfría. Cuantos obstáculos se oponían á la empresa, fueron vencidos con singular constancia; y el agua presa y acanalada, siguiendo el rumbo que la mano del hombre le trazara, no paró hasta dar con su abundante seno en la llanura, que con mansa y suave pendiente la llevó en dulce y apacible esclavitud á los confines mismos de la ciudad.

Allá, lejos, junto á su mismo nacimiento, ofreció el agua extraordinaria y poderosa resistencia. Inútil fué su combate, y sus espumarajos de rabia se estrellaron impotentes contra las peñas que atajaban su camino, obligándola á retorcerse con estruendo, cuyo rumor sonaba á veces como quejidos de dolor, y á veces con acentos de furiosa y desahogada ira.

— «¡Por aquí!» parecía decirle el peñasco que amorosamente se abría en dos para ofrecerle camino. «¡Alto!» le gritaba el murallón que, obligándola, la hacía con rápido ángulo retroceder en su camino. «¡Fuera!» prorrumpía el risco que con brusco movimiento la precipitaba con violento salto. Y ella, llevada aquí y allá, engullida á veces

por la tierra, mugiente ó rumorosa, sufría su prolongado martirio, sin comprender por qué razón el hombre, á quien tan gran servicio iba á prestar, comenzaba por maltratarla con tan tenaz empeño. La obra humana y la de la naturaleza se han confundido de tal suerte, que hoy, transcurridos tantos siglos desde aquellos trabajos, no es fácil en ciertos parajes distinguir el camino que la tierra ofreciera al agua primitivamente, del que le abriera la mano del hombre.

Cuando después de tres leguas de camino llegan las aguas al fin de su carrera, preséntase, como mayor dificultad, la amplitud del valle que rodea la ciudad. Aquí es donde, echando el resto de su continuado esfuerzo, edificó el ingenio del pueblo romano la imponderable maravilla en la cual ve escrita Segovia, con caracteres indelebles, el timbre preclaro de su antigua grandeza.

Otros pueblos apuntan las notas de su pasado poderío en las citas, buscadas con esmero erudito en los primeros historiadores; por extraño modo la ciudad del acueducto, apenas mencionada por los escritores romanos, presenta al mundo una obra tan sublime y excelsa, que basta por sí sola para encomiar su ilustre prosapia á los ojos de las atónitas generaciones.

La obra se conserva tal como la describiera don Andrés Gómez de Somorrostro, sin más variación que la restauración de algunos arcos del primer orden, hecha en el reinado de doña Isabel II.

Conservamos esta descripción por su gran minuciosidad, puesto que no es otro el objeto de este libro que el de dar á conocer, de la manera más exacta y circunstanciada, la maravillosa construcción que posee Segovia, y que, al decir de escritores competentes, no halla rival en el mundo.

—

«Desde el Caserón (torreón muy antiguo y de una fábrica muy fuerte, situado al principio del camino que sale de la ciudad al Real Sitio de San Ildefonso), es donde ya la arquitectura comenzó á preparar el majestuoso camino por donde habían de correr las aguas para llegar á la elevación de la ciudad, triunfando del modo más glorioso y magnífico de los obstáculos que les presentaba la profundidad del valle, el cual rodea todo el peñasco que ocupa la población alta. Aquí es donde el agua se dirige por una acequia, formada de dos paredillas muy fuertes y muy antiguas, y llega á la primera caseta, cubierta y formada de piedra cárdena, en la que de

pone las arenas, y deja salir por un registro ó compuerta el sobrante de las aguas, con que se forma el arroyo Clamores, que, atravesando parte de la población y siguiendo su curso de Oriente á Occidente, al pie de las murallas, llega á aumentar las aguas del Eresma, bajo las rocas sobre que está construído el Real Alcázar.

El acueducto continúa su curso por el canal ó conducto de mampostería, entra ya al sitio de los Cañuelos, donde empiezan á distribuirse algunas aguas, y sigue hasta la segunda caseta, ó sedimento, en que el agua se purifica de las arenas, y está colocada la caseta frente al convento de San Gabriel, de franciscos descalzos. Hay desde el Caserón hasta este punto dos mil setecientos sesenta pies.

Sigue desde esta segunda caseta una gruesa pared de mampostería, sobre la que está colocada la canal ó tajea que corre por toda la obra arqueada hasta llegar á la plazuela de San Sebastián; continúa hasta el Seminario Conciliar, y desde aquí, ya cubierta y bajo del piso de las calles, llega esta canal, que es de grandes sillares de piedra cárdena y tiene una cuarta de ancho y un pie de profundidad, hasta llevar el agua al Real Alcázar, que está al extremo de la ciudad, en la parte occidental.

A cortísima distancia de la caseta da principio la obra de los pilares y arcos, que tiene desde dicho punto hasta el primer ángulo que mueve seis arcos, veinticinco pies de elevación y doscientos dieciséis de longitud. De aquí al segundo ángulo, que mueve frente á la iglesia de la Concepción, hay veinticinco arcos, veintiocho pies de elevación, y quinientos cincuenta y tres de longitud. Sigue desde aquí la obra, corriendo de Oriente á Poniente, y llega al tercer ángulo, que mueve junto al convento de PP. Franciscos; y tiene esta tirantez cuarenta y cuatro arcos, cuarenta y cuatro pies de elevación en el pilar doble que mueve, y novecientos setenta y tres de longitud. En esta parte del acueducto están los arcos que se reedificaron á los principios del reinado de doña Isabel la Católica. Comenzó el arquitecto á formar los que estaban caídos un poco más arriba del convento de la Concepción, y edificó treinta y seis arcos en la extensión de setecientos ochenta pies.

Es verdaderamente un esfuerzo del arte el ángulo que mueve frente á San Francisco: el pilar que le forma hace una curva, con la que varía la dirección del acueducto de Mediodía á Norte, con una pequeñísima inclinación á Occidente: tiene veintidós pies de frente y cuarenta y cuatro de eleva-

ción. Aquí es donde se pasma el hombre mirando esta grande obra, y encantan el espíritu y valentía de los arquitectos que la ejecutaron; aquí es donde comienzan los dos órdenes de arcos, que siguen hasta la muralla por donde entra el acueducto en la ciudad. En el primer orden hay cuarenta y tres arcos; el primero está destruído, sin duda muchos años hace, y por alguna bárbara mano (1). En el segundo hay cuarenta y cuatro; la elevación es en proporción al declive ó inclinación que toma el cerro para descender á la plaza del Azoguejo, y el que vuelve luego á tomar desde aquí para subir hasta la muralla. En el arco por donde se entra á la calle de San Antolín, tienen los pilares noventa y un pies de elevación: en la plaza del Azoguejo, que es el sitio de la mayor altura, ciento y dos pies, y en el último pilar junto al muro, sesenta y dos. Este pilar es doble que los demás; y desde San Francisco hasta la muralla, donde se ha conservado enteramente la obra antigua, hay novecientos ochenta y seis pies de longitud.

Sobre los tres pilares más altos y más fuertes, que hacen frente al Azoguejo y á la parte opuesta, hay colocado un sotabanco ó cartela, que tiene se-

(1) Este arco se halla hoy reedificado.

senta pies de longitud y seis de altura, formada por tres hiladas de piedras colocadas sobre una sencilla cornisa, que en lo antiguo seguía coronando todo el primer orden de arcos, y ahora no permanece más que debajo de la cartela y los pilares del segundo orden. En el pilar del centro de la cartela, por ambos lados opuesto, hay un nicho de frente cuadrilongo, en el que dice el historiador Colmenares que hubo antiguamente estatuas colocadas de Hércules. En las piedras del sotabanco se advierten con mucha claridad tres líneas de agujeritos exteriores, y con alguna variedad en la distancia de un agujerito á otro, hay piedras que tienen dos, y otras que tienen tres, cuatro y hasta ocho agujeros, los que describen tres líneas, las dos más altas casi iguales, y corren de un extremo á otro de la cartela, y la más baja sólo ocupa la mitad de la extensión en el centro. De algunos de estos pequeños agujeros sacó algo de plomo el maestro D. Antonio Ortiz cuando los reconoció en el año de 1807. Forma también el sotabanco cuatro nichos que no se ven: los dos cuadrilongos, desde el pilar del centro á los pilares inmediatos, y los otros dos nichos pequeños. El maestro Ortiz, que los reconoció también entonces, y los halló llenos de tierra, habiéndolos desocupado de ella, se incli-

na á que los dos huecos más largos parecen y son muy á propósito para sepulcros.

Seguía la obra primitiva hasta dentro de la muralla, pues que todavía se conservan cuatro arcos, de los que parecen los dos últimos muy semejantes á la obra antigua; y por el último de estos dos, bajan aún algunas piedras de la misma calidad, que denotan el descenso del canal por donde iba el agua. Este arco está frente á la calle que baja á la parroquia de San Sebastián; y el resto hasta la muralla y obra antigua, es una pared de mampostería, en la que hubo algún otro arco que aún se conoce. Causa sentimiento mirar los hermosos y grandes sillares que formaban estos arcos, puestos por cimientos de la muralla, como se advierte al bajar por el postigo de Santa Columba. El número de estos arcos debía ser, por la medida de proporción, ocho ó nueve; su elevación veinte pies, y la longitud desde donde entra el acueducto en la muralla hasta el último arco, ciento noventa y tres pies. De manera que la obra del puente de Segovia, ó famoso acueducto, era en su primera construcción de ciento setenta arcos; su menor elevación frente á San Gabriel, diecisiete pies; su mayor elevación en el Azoguejo, ciento dos pies, y en el extremo dentro de la muralla, dieciocho. En toda la obra, desde



San Gabriel hasta su último arco, se ve en lo alto una pared de mampostería, en la que está metida la canal, y va incluida en las dimensiones que se expresan. La longitud, desde el punto de la caseta de San Gabriel hasta el último arco frente á San Sebastián, es de dos mil novecientos veintiún pies.

Para que el agua tuviese movimiento más acelerado, dieron á toda la obra el declive ó inclinación correspondiente, que no se percibe con facilidad. Este declive es en razón de un pie por cada ciento de longitud: de manera que desde el punto de la Caseta hasta el último arco del puente, hay veintinueve pies de declinación, y así es que camina el agua con bastante rapidez.

Los pilares que sostienen los arcos son todos cuadrados ó cuadrilongos; su grueso en el orden inferior es de once á doce pies, y de siete á ocho de frente; pero no hay uniformidad en estas dimensiones, porque varían á proporción de su mayor elevación; de suerte que algunos pilares sólo tienen siete pies y medio de fondo y cuatro y medio de frente. Esta desigualdad es tan artificiosa é imperceptible, que se oculta á los ojos más perspicaces. Se disminuyen los gruesos y frentes de los pilares, según van elevándose, á cada dieciséis pies de elevación, por medio de una cornisa ó peque-

ña imposta, que corre en el primer orden de arcos que hay desde San Francisco á la muralla, y forma un adorno muy sencillo y agradable. También corría esta imposta toda la base del segundo orden de arcos, sin que haya quedado de ella más que lo que aún persevera bajo los pilares del segundo orden. Se observa también alguna desigualdad en el grueso y frente de esos pilares, que también la tienen los demás de todo el acueducto. A proporción de esta desigualdad es el hueco que forman los arcos, ó la distancia de un pilar á otro; pues en algunos es el vano de catorce pies, en otros de quince y en otros de dieciséis; pero con el mismo artificio y disimulo que hace á estas variaciones pequeñas casi imperceptibles, siendo estos huecos de los arcos menores en los primeros, que son los más bajos y pequeños. Sobre los arcos se ven todavía muchas piedras en línea, que forman una cornisa, la cual adornó en lo antiguo toda la obra de sillares; ahora no hay más que algunas de las antiguas piedras, y otras que, sin haberlas dado la forma de aquéllas, se colocaron allí cuando se restableció el acueducto. Al arranque de los arcos tienen los pilares sus boceles y filetes. Ya se ha dicho, y conviene repetir, que la canal ó tajea está empotrada en una pared de mampostería que tiene

de seis á siete pies de elevación, y va incluída en las medidas que se han expresado en la altura del acueducto. Algunos pilares se ven empezados á formar sobre las mismas piedras de la grande cantera que se descubre en el piso por donde va el acueducto; otros están introducidos bajo la superficie catorce pies, como lo ha visto el maestro Ortiz en los que sostienen la cartela que están en la plaza del Azoguejo, siendo lo que hay oculto de la misma fábrica y figura que lo descubierto. Estos pilares, que serán ocho ó diez de los más elevados, descansan y tienen su cimiento sobre un grande banco de arena que hay entre los dos cerros que forman el valle por donde atraviesa el acueducto; así es que desde la primera piedra fundamental de estos pilares hasta el último punto de la canal que está en la altura, tiene el edificio en este sitio ciento dieciséis pies de elevación.

Toda la piedra de este edificio es de una misma especie, á saber: berroqueña, granigruesa, blanca en el fondo, con muchas vetas negras, y después de pasar algún tiempo se pone cárdena y oscura, lo que hace aparecer al puente más venerable y causa cierta impresión de antigüedad en los que le miran. Admite pulimento como si fuera mármol, y así se reconoce en algunos cercos de las puertas y

chimeneas que en tiempo del rey D. Felipe II se pusieron en algunas piezas del Real Alcázar, que son de piedra de esta misma calidad. La cantera estaba sin duda en el mismo sitio donde existe el acueducto; así es que se ven bajo algunos pilares piedras sin labrar de la misma cantera, que extiende sus ramificaciones hacia San Antolín, y por otros parajes inmediatos al convento y calle de San Francisco. Teniendo allí piedra á propósito, era regular hacer uso de ella y no ir á buscarla á otra parte, con el costoso dispendio de la conducción.

Los sillares sólo están labrados á pico; son generalmente cuadrilongos, y algunos tan grandes, que tienen seis pies de longitud y el correspondiente grueso y altura. Todos presentan en la obra algún frente; de manera que pueden contarse las piedras que hay en el edificio. Los lechos de las piedras y sobrelechos, y las piedras entre sí, tienen tan exacta unión, que parece incomprensible cómo pudieron unirse y ajustarse unas á otras tan estrechamente. No tienen trabazón alguna, hierro, argamasa, ni cal ó arena que forme mezcla; sobre cuya particularidad ya no queda duda alguna, como se manifiesta en algunos parajes del acueducto en que falta algún sillar, y se manifestó más de lleno cuando en el año de 1815, al golpe de un carro

fuerte, que conducía por frente á la escuela de San Francisco un cañón de grueso calibre á la Real Maestranza de Artillería, salió un sillar bien grande de su lugar; todos vieron entonces, y yo también ví, el interior del pilar, sin que se descubriese en él mezcla alguna de cal, ni ripio, ni otro cuerpo extraño que enlazase y uniese los sillares; y sin ésta ni otra mezcla alguna volvió á ser colocado el sillar en el mismo paraje de donde había salido. «Las obras que se encomiendan á la inmortalidad (dice muy oportunamente el Sr. Bosarte en su viaje artístico á esta ciudad) por los que saben encomendarlas, no necesitan de estos grillos para estarse quietas, y el profundo arquitecto que proyectó esta obra se gobernaba por principios más delicados. En efecto: el estilo con que está ejecutada reúne las tres cualidades del estilo más difíciles de juntar en toda bella arte, que son: la simplicidad, la elegancia y la grandiosidad.

»En los pilares ó machones del puente se advierte desde luego que unas piedras salen más que otras: esto, que en un principiante sería un crimen, debemos mirarlo como gala del arquitecto que hizo este puente. La diferencia de salida de algunas piedras respecto de otras es de dos pulgadas hasta quince. En algunos edificios antiguos se

ve tal cual piedra que sale de la línea del plomo, como en el puente de Garda, el cual es un resto del acueducto antiguo que llevaba el agua al anfiteatro de Nimes; aquello quedó así por no haberlo acabado de cortar, y aun las dejaron á propósito para que viesen los venideros lo que quedaba por hacer; pero la salida de las piedras en el puente de Segovia no tienen remedio, ni admiten perfección común.»





### III

## ORIGEN

**S**I no hay escritor de la antigüedad romana que se haya ocupado del acueducto, son varios los historiadores españoles, á partir de don Rodrigo Jiménez, que vivió en el siglo XIII, que han tratado de esta obra con mayor ó menor extensión. Sus noticias, sin embargo, no están conformes con respecto al origen de la obra, y el examen de los escritos que nos legaron, más mueve el ánimo á confusión, que deja entrever la verdad acerca de punto de tanta importancia.

Lástima grande que escritor tan concienzudo, erudito y laborioso como el licenciado D. Diego de Colmenares, comenzara su notabilísima *Historia de Segovia* asentando sobre el acueducto aseveraciones erróneas, que indudablemente extraviaron por largo tiempo la opinión, asignándole origen muy distinto del que realmente tuviera. La incansable diligencia de tan docto escritor se halla en su libro á veces oscurecida por la falta de crítica con que en él da cabida á fábulas y ficciones con que la imaginación exuberante de los antiguos substituyó las oscuridades de la historia. Falta leve, si se tiene en cuenta los tiempos en que el insigne y clásico escritor diera su obra á la estampa y el prolijo esmero con que allegó materiales para ella, haciéndola verdaderamente indispensable para cuantos, en cualquier época, pretendan ocuparse de cosas ó personas que á Segovia se refieran. Por cierto que esta ciudad y su provincia no han pagado al noble historiador la deuda de gratitud que con él contrajeran, cuando dió á conocer, con clásico y puro estilo, los preclaros hechos acaecidos en su ciudad nativa.

Estímelo su patria y rinda honores,

dijo del docto Colmenares el gran Lope de Vega; sin que su admonición se haya visto cumplida en



el transcurso de los tiempos. Los pueblos que honran á sus hijos insignes, se honran á sí mismos; y Segovia debe un monumento á quien invirtió catorce años de su laboriosa existencia en eternizar la fama de tan ilustre ciudad en la memoria de los hombres.

Colmenares, rebatiendo la opinión del P. Mariana, que da en el hito al afirmar que fueron los romanos autores del acueducto, señala al monumento un origen egipcio, fundándose principalmente en que por la descripción que de las pirámides se hace, se conoce la mucha semejanza que con la fábrica del puente tienen entabazón y grandeza de piedras y sillares.

Ni esta poco fundada opinión, ni la del P. Sigüenza, que le asigna un origen griego, ni la de la voz popular que, según Colmenares, la atribuyera á Hércules, tienen valor alguno. Salvo la respetabilidad de los autores, estos escritos merecen el mismo crédito que el criterio del vulgo, al suponer, mediante sobrenatural leyenda, que el diablo fué el autor de la portentosa obra.

No se crea que sólo en escritores de remota fecha se sustentan opiniones equivocadas con respecto al origen del acueducto. En tiempos mucho más próximos á los nuestros, á mediados del siglo pasado,

y por corporaciones respetables, se seguía todavía la opinión ya enunciada por el P. Sigüenza.

La Real Academia de San Fernando, al cumplirse el primer quinquenio de su fundación, esto es, en el año de 1757, publicó estampas del acueducto, á cuyo pie se leía la siguiente inscripción:

«Elevación del célebre acueducto de Segovia, obra de los griegos, y de las más antiguas de Europa.» Singular modo de discurrir es éste de atribuir á los griegos una obra de tanto asiento é importancia, lo que supone una larga dominación en una ciudad situada en el centro de España, cuando es sabido históricamente que jamás tan adentro de nuestro territorio llegaron á establecerse colonias griegas; y prueba singular de la ligereza con que á veces proceden las más graves asambleas de hombres serios y doctos en asuntos que, por ser de su genuina y propia competencia, debían hallarse al abrigo de tales dislates.

Más extraño es todavía que en nuestro siglo se haya impreso en la nación vecina, en una voluminosa obra de alcance y valor artístico, denominada *El Viajero universal*, que el acueducto se debe al arquitecto Pietro Coza, autor del famoso salón de Padua construído en 1172, notable por ser el mayor que, sin columnas de ningún género, y sin más

apoyo que el de las paredes, empotradas de gruesas pilastras, se conoce en el universo; como que tiene trescientos pies de largo por ciento de ancho. De él puede verse una descripción en el bellissimo libro de D. Pedro Antonio de Alarcón, titulado *De Madrid á Nápoles*. El grave y juicioso Somorrostro se altera é irrita con razón sobrada al dar noticia de que aserción tan peregrina se halla traducida al español, sin corrección ni nota alguna que ponga de manifiesto lo erróneo del concepto, en que se cercenan con incalificable desenfado, á un edificio tan insigne, más de mil años de existencia.

Sin género alguno de duda, y con pruebas plenas y palpables, hay que seguir la opinión á que, por razones de peso y notoriedad, se afiliaron, entre otros cien, Mariana, Aróstegui, Ponz, Bosarte, Masdetu y Somorrostro.

A dos fuentes principales podemos acudir para resolver el punto en cuestión; y las dos hoy día, á la altura á que han llegado los conocimientos, con facilidad suma nos dan la solución en un sentido más propio y adecuado. Estas dos fuentes son la Historia y la Arquitectura, ó sea el estudio de la obra que muestra á los ojos del inteligente el propio y peculiar carácter del pueblo que la construyera.

Históricamente, el problema se presenta con tal sencillez, que la despierta inteligencia de un niño basta por sí sola á resolverlo. Después que los hombres de los bosques y los hombres del río, ó sean los celtas y los iberos, forman por su unión indestructible (que indestructible permanece y dura en el fondo del carácter del pueblo español), el pueblo celtíbero, ¿qué nuevas gentes se enseñorearon de España? Los fenicios, de Tiro; los griegos, de Rodas y de Zante, los focenses, los cartagineses, los romanos, los suevos, los vándalos, alanos, godos, y últimamente los sectarios de Mahoma. Esta es la contestación que á la mencionada pregunta daría cualquiera que conozca nada más que los rudimentos de la historia de nuestro país. Si no es posible, racionalmente, atribuir la obra del acueducto á los mahometanos y á los godos, y mucho menos á los suevos, pueblo que, si ocupó á Segovia y su territorio, no fué sino para seguir la senda de destrucción, asolamiento y exterminio que su natural rustiquez y barbarie les señalara, no queda otro medio que considerar como fundadores del acueducto á los romanos, ó á alguno de los dominadores que les precedieron. Esto es lo que realmente ha sucedido; y con excepción de la extravagante y ridícula opinión ya citada, que considera á

Pietro Coza arquitecto del acueducto, todos los que del famoso puente se han ocupado, han buscado su origen en la época romana, ó, con mayor ambición de años, en épocas más atrasadas y remotas. Las colonias fenicias sometidas voluntariamente á la metrópoli, y constituyendo, según Heeren, una gran república federática, ejercieron escaso influjo artístico en la tierra española. Mayor fué el de los griegos en las costas meridional y oriental de la Península, y principalmente fué en la esfera religiosa donde unos y otros dejaron de su paso huellas más permanentes; como que el culto de sus dioses se desparramó por doquiera, alterando la primitiva religión de sus sencillos habitantes; mas ni fenicios, ni griegos dominaron en Segovia para que pueda decirse que unos ú otros construyeron la fábrica del acueducto.

Al cebo que á su codicia ofreciera el rico suelo hispano, y buscando el desquite de las pérdidas ocasionadas en su primera guerra contra los romanos, pisaron los cartagineses la tierra que constituye nuestra nacionalidad. No merecieron los cartagineses los artificiosos elogios de Aristóteles. Pueblo supersticioso y cruelmente avaro, encanallado con el lucro, ha pasado por el mundo sin dejar tras sí el rastro luminoso de una idea. Aun la del comercio,

que ennoblece y hermana los pueblos, fué en sus manos sórdido contrato, mantenido muchas veces por la fuerza de sus soldados mercenarios. El fuego destruyó la ciudad, los desparramados restos de sus gentes se esparcieron á los cuatro vientos; pereció para siempre Cartago, y sólo queda como maldición eternamente viva en la Historia, el recuerdo de aquella fe púnica con que los tenaces enemigos de Roma deshonraron la humanidad. Estos hombres, que sólo en rápida correría, acaudillados por Aníbal, digno ciertamente de haber nacido en mejor nación, pasaron por Segovia, no pueden ser en manera alguna los fundadores del acueducto. Su dominación no dejó la huella de un solo monumento en España. Y véase cómo de una manera clara y sencilla la Historia nos confirma la opinión de que la famosa obra del acueducto segoviano es de construcción romana.

Al mismo resultado conduce el examen de la obra bajo su aspecto arquitectónico.

Siendo el arte la determinación de la belleza, natural es que cada pueblo haya dejado en sus manifestaciones marcado el sello de su propio y peculiar carácter. Y la arquitectura romana, sin constituir por sí sola tipo en la división de las escuelas,

ostenta, sin embargo, los caracteres de suntuosidad y magnificencia que en fábricas tan excelsas y magníficas como la del acueducto, aparte de condiciones más íntimamente ligadas á su construcción declaran por modo claro á los ojos del inteligente un origen igual al asignado por la Historia. En él se ve el sello impuesto con mano firme por aquel pueblo conquistador, y el desarrollo que de la invención etrusca del arco hicieron los un tiempo dominadores de la tierra.

Hasta aquí cuanto de la obra puede afirmarse con absoluta certeza. En qué época de las de la dominación romana, bajo qué gobierno fué erigido el acueducto, son cuestiones que no se resuelven sino por conjetura, y con mayor ó menor verosimilitud, según la sagacidad de los críticos é historiadores.

La opinión más general es la de que fué Trajano el protector de la obra, ó sea erigida bajo sus auspicios; y si las simpatías pudieran servir para determinarse en tales asuntos, ciertamente que nadie vacilaría en atribuirle á tan excelso Príncipe. Originario de España y aficionado en demasía al vino y las mujeres, fué, no obstante su escasa instrucción, modelo de emperadores y gobernantes. El mejor de los capitanes y amado por sus súbditos,

dedicó su vida á la prosperidad del Imperio. De su afán de mejoras dan por doquiera muestras los monumentos que de su tiempo nos quedan. Tocó á España, como tierra por él amada, parte de aquellos beneficios, y ofrece grandes caracteres de certidumbre que el que hizo construir el circo de Itálica, el puente de Alcántara, la torre de Hércules, la Torre dem Barra y la columnata de Zalamea, sea el erector del acueducto segoviano.

Más de una vez, detenidos en la plaza del Azoguejo, y contemplando las líneas de agujeros que en la cartela parece indicar el sitio en que se aseguraron las letras en que el instigador de la obra dijera su nombre, hemos pensado si la laboriosidad ó perspicacia de algún arqueólogo erudito podría algún día combinar las letras que allí estuvieran colocadas y arrancar á la hermosa mole su secreto.

Si tal sucediera, no sería extraño que al conjuro de la erudición brotase el nombre de aquel Emperador, á quien la fina sátira de sus contemporáneos dió, por su pueril afición á colocar el suyo en las paredes de los monumentos que alzara ó restaurara, el apodo de *Parietario*, considerándole tan tenaz en esta manía como la hierba que á las paredes se agarra para medrar.



Mas es seguro que el nombre del arquitecto quedará siempre envuelto en las sombras del misterio, sin que puedan rodearle con su aureola de gloria las generaciones que admiró con el potente y singular esfuerzo de su genio.







## IV

### LO QUE HA VISTO

**C**ON decir los siglos que el acueducto cuenta de existencia, basta para comprender cuánta diversidad de sucesos ha escudriñado con sus ojos, cuánta variedad de gentes ha cruzado bajo sus arcos, cuántas generaciones se han agitado junto á sus pilares.

Puede la Historia escribirse de diversos modos; mas si ha de ser maestra de la vida, como la apellidaba Cicerón, quizá la más interesante y filosófica sea aquella que refleje más exactamente las

costumbres de los pueblos que fueron, marcando cómo al regirse el mundo por ideas, modifican éstas toda la realidad con que la humanidad se desarrolla y propaga en el planeta.

En comunicación íntima con el pueblo, satisfaciendo una necesidad perenne, viendo por largo espacio de tiempo sus gruesos pilares formando el límite del hogar de aquellos mismos de quienes aplacara la sed, ¡qué de cosas revelarían el acueducto al historiador, al filósofo, al poeta, si sus piedras pudieran tan sólo hacer vibrar en el aire el eco de las palabras que, en ondas apagadas, contra su áspera superficie vinieron en otros tiempos á morir! Allí el habla indígena, poseída al tiempo de la fundación todavía con cariño por el pueblo hispano, mezclárase con la melodiosa, rítmica y armónica lengua latina, y con la gutural y música de los sectarios del profeta árabe; allí siguiérase paso á paso la generación y desarrollo de nuestro patrio idioma, desde sus primeros y tímidos albores, hasta la hermosa y brillante madurez del siglo XVII. Los trajes sólo con que los hombres que han tocado las granigruetas piedras del acueducto se han vestido, formarían rica y curiosísima colección llena de revelaciones y sorpresas para el erudito.

Como las corrientes de un río que hubiese deslizado entre sus arcos sus aguas murmurantes, las generaciones han pasado bajo ellos un día y otro, para ir cargadas con el peso de sus dolores á desembocar lentamente en el infinito.

Hagamos la reseña de las costumbres ó de los hechos que ha presenciado, y parémonos á ver, ante esas continuadas oleadas de seres que van á perderse en el sepulcro, la fugacidad de la vida, la tristísima verdad que encierran los hermosos versos dirigidos á Póstumo por el inmortal Horacio.

Si en alas de la imaginación nos remontamos hasta los días de la erección del acueducto, espectáculo asombroso se presenta ante nosotros. Dícese que la cantera de piedra berroqueña, que yacía en el mismo sitio en que se alza el acueducto, se agotó toda entera en la construcción. Si atendemos á la cantidad de piedra que éste representa, encontramos el aserto verosímil, y más para los que han visto desparramados los sillares para la reconstrucción del pequeñísimo arco que existe junto á la iglesia de San Francisco, ocupando buen trecho de la plaza de Díaz Sanz. Pero bien estuviera en el mismo sitio la cantera, bien fuese necesario acarrear desde lejos el material, se comprende

el grandísimo espacio que éste ocuparía y el sin número de hombres empleados en la tarea.

Bulliciosa animación darían á los campos los enjambres de trabajadores, y acreceríase por manera notable la población, por la atracción que, hasta en comarcas apartadas, había de producir tan soberbia obra. Dominando el ejército de obreros, atendiendo al cuidado de todos, distinguírase al excelso arquitecto, cuyo nombre permanecería siempre en el olvido.

Distinta y varia de la nuestra la sociedad de aquella remota época.

España, después de haber derramado á torrentes la sangre de sus hijos en defensa de su independencia, se hallaba por fin sometida al yugo del vencedor, y lentamente se asimilaba usos, leyes y costumbres. Plumas bien cortadas y palabras elocuentes han pintado de tal suerte la corrupción de la sociedad romana, que es inútil dar detalles, por todos conocidos, del desenfreno y locura á que, encenagados en todos los vicios y en los crímenes más repugnantes, llegaron en los tiempos del Imperio los habitantes de la orgullosa metrópoli del mundo. Como la gangrena inficiona la sangre que corre por el humano organismo, la depravación y el desarreglo corroyeron todas las venas del cuerpo

social y llevaron su virus corruptor á las más apartadas regiones.

Desdicha grande que, al imaginarnos la formación del acueducto, no podamos ver en la muchedumbre de hombres que á levantarlo contribuyeron, sino viles turbas de embrutecidos esclavos.

La esclavitud, ese crimen de lesa humanidad, mancha las páginas de los libros en que se escribieron los hechos de los romanos y los de la anti-güedad: que parece ley de la historia que tan degradante institución subsista sólo donde la abyección del humano linaje llega á sus últimos límites.

Para abastecer á Roma y satisfacer las múltiples necesidades que su lujo desenfrenado la había creado, parecía como que era pequeño el mundo conocido. Así la opresión gravitaba con mayor fuerza en aquellas provincias que por su riqueza podían más fácilmente apagar el hambre continua de la gran ciudad. Los levantamientos y las sacudidas que el pueblo español escribió con su sangre resistiendo la desaforada ambición de los conquistadores, reconoció por causa, las más de las veces, las exacciones violentas de los enviados de Roma y la rapacidad insaciable de la capital del mundo.

Verdad es que al constituirse el Imperio, leyes

más regulares en la recaudación de los tributos evitaron algo el arbitrario despotismo que hasta entonces había regido; pero es lo cierto que, aun así, eran verdaderamente insoportables las cargas que pesaban sobre los pueblos, campos y ciudades de la Península española. Era ésta considerada como provincia nutriz de Roma, lo cual vale tanto como decir que un ejército innumerable de exactores estaban encargados de transportar, en especie y en metálico, el jugo de tan rica tierra á la ciudad de los Césares.

Multitud de veces debieron los hijos de Segovia en torno á los gruesos pilares del acueducto, maldecir de aquel enjambre de inspectores, arcarii y exactores, que arrebatában cuanto el pródigo suelo producía.

España era de las provincias que con más abundancia surtía á Roma de cereales, y Segovia, ya notable en esta parte, hubo seguramente, y sólo por esta razón, de ser de las porciones del territorio nacional más oprimidas y vejadas.

No hubo de ser tampoco corto, dada la importancia de la población, el tributo de juventud que pagara al genio conquistador de sus dominadores, y muchos de sus hijos, arrebatados de sus hogares y arrancados á los brazos de sus padres y al cari-



ño de sus compatriotas, debieron de ir á blanquear con sus huesos el suelo en que se verificaban los combates contra los bárbaros ó las luchas acaecidas en Europa, en África y en Asia. A cambio de tanta sangre y tanto desastre, España se asimilaba lentamente la civilización romana. Y tan adelante caminó en este extremo, que ya en el primer siglo del Imperio, pudo presentar brillante coorte de hombres notables, en parangón con los más célebres que enriquecían con sus hechos ó sus escritos el nombre de la reina del Universo.

Con el fecundo Silio Itálico, Marcial el Satírico, Trajano el Grande, Lucano el Ilustre, Quintiliano el orador notable, Séneca, el profundo filósofo, más estóico en doctrina que en acciones, y cien más, probó España la rica variedad de sus aptitudes, y que los nacidos en su suelo eran tan diestros en manejar las armas, apercebidos siempre á la defensa de la patria, como en alcanzar los lauros que proporciona la primacía en las artes y en la industria, en el gobierno y en el saber.

Cuando la luz, que por doquiera esparcía la *buen nueva*, alumbró por todas partes al mundo, nuestra patria también vió esparcirse por su territorio los preceptos de la doctrina sellada con la sangre de Jesús, y las máximas evangélicas encontraron

como no podía menos de suceder, resonancia profunda é interna en los generosos corazones de los españoles. De ello dieron muestras notables, cuando, acosados por los decretos imperiales que prohibían el ejercicio de la nueva y sublime doctrina, prefirieron padecer el martirio á abjurar lo que sus engreídos contrarios llamaban sus errores, dando al mundo el ejemplo de un pueblo que sabía sacrificarse, manso é indefenso, ganoso del martirio, con la misma ambición con que resistía audaz é indomable á su contrario en el campo de batalla.

Así, lentamente, perdido en casi todos sus vastos términos el patrio idioma, confundida con Roma en todo y por todo, sufrió España las acometidas de los nuevos pueblos que habían de suceder á la dominadora del orbe, destrozándola y arrancándola una por una sus hermosas provincias, hasta penetrar en la misma ciudad que fué durante siglos el objeto de sus embates, en la última é inolvidable noche de la edad antigua.

Cuatro siglos contados desde la creación del acueducto, bastaron para conducir á Roma desde los esplendores del solio con Trajano, el ilustre vencedor de Decéballo, á la destrucción completa del imperio romano con el degradado é imbécil Ró-

mulo Augústulo. Durante aquellos cuatro siglos, después de inscribir en la cronología imperial nombres como el de Adriano, grande como rey, y Antonino Pío, grande como hombre, Marco Aurelio, ejemplo de adónde alcanza la virtud humana, y Cómodo, que lo era de adónde puede ser llevada la perversidad, dióse al mundo el escándalo de poner algunos pretorianos el Imperio en venta. Y las luchas del poder military el poder civil, la ambición de los aspirantes al cetro, las persecuciones religiosas, la invasión creciente de los pueblos bárbaros, marea siempre en aumento que, en formidables oleadas, lanzaba sobre Roma sus huestes exterminadoras, marcan un período de sangre, luto, lágrimas, desolación y muerte, que es una de las épocas más calamitosas de la Historia y uno de los períodos más azarosos por que ha atravesado el humano linaje. Pues todos estos años en que tantos sucesos se desarrollaron, en que el cristianismo pasó desde las catacumbas al trono de los Césares, en que se destruye y perece el Imperio que había contenido al mundo entre sus brazos, marca sólo un pequeño espacio del tiempo que ha de vivir el acueducto, monumento que surge inmóvil sobre el desquiciamiento del Imperio más poderoso que ha conocido el mundo.

Poco más de medio siglo antes de la total destrucción de Roma, vió el acueducto al pie de sus pilares las numerosos falanges de los bárbaros. Un escritor, severo como la conciencia, indignado de las torpezas de los Calígulas y los Neronés, cuyos atroces hechos trasmite con fría y calmosa concisión, no encontró mejor medio de censurar los hábitos licenciosos de sus compatriotas, que colocar enfrente de ellos como ejemplo de virtud y sencillez las costumbres puras y naturales de los germanos.

La historia, sin embargo, no ha confirmado del todo los apasionados elogios de Tácito. Si es cierto que el principio innato de individualismo estaba tan arraigado en aquella raza, que bastó por sí sólo para transformar la sociedad; si es cierto, como ha dicho un eminente escritor, que nuestras libertades tienen su origen en los bosques de la Germania, no lo es menos que las costumbres tan ensalzadas por el conciso historiador romano, adolecían quizá en algunos puntos del mismo desenfreño del pueblo conquistador, sin la capa ó barniz de cultura que éste poseía, sino en la natural sencillez de la barbarie. Es, por lo menos, cosa averiguada, que la corrupción romana no tardó en inficionar hasta los huesos de los mismos conquistadores.

En la confusión de los pueblos que se apoderaron de las principales provincias que constituían el imperio romano, tocóle á Segovia habérselas con los suevos, ó sea la gente más dura, más formidable, más aguerrida y más feroz de los germanos.

La destrucción era su goce, y arrasar una población constituía su más refinada delicia. Poco les importaban las ruinas y el desolamiento que llevaban consigo por doquiera. Gente movible é inquieta, asentaba en un territorio su planta por breve tiempo, dejándolo por otro cuando, asolado y yermo, no bastaba ya á su subsistencia.

Grande debió ser el asombro con que contemplaran los arrogantes arcos del acueducto, construcción duradera que había de chocar más con sus hábitos arraigados y constantes de vivir al día y sin preocuparse del de mañana. Mal cubiertos con groseras pieles, enmarañada la cabellera, gesticulando como locos, lanzando al aire los sonidos de su gutural y bronco lenguaje, entre feroces y salvajes carcajadas, debieran de mostrarse unos á otros la imponente mole que ante sus ojos ostentaba la civilización del pueblo vencido.

Por qué razón el acueducto de Segovia pudo mantenerse en pie poseído por pueblo tan devastador y terrible, es verdaderamente incomprensi-

ble. El paso de los enjambres de bárbaros dejaba tras sí huella imponente de ruina y devastaciones, y la severa majestad de la obra, lejos de contenerles, debió de ser el incentivo que avivase el deseo de verla por el suelo rota y maltrecha. Por fortuna, no sucedió así, y los godos, más aventajados en civilización que los suevos, poseyeron á su vez la ciudad, dando al acueducto el espectáculo de un nuevo pueblo que venía á participar de los beneficios que prodigaba y que ya había otorgado á tantas generaciones.

De la lenta confusión del pueblo hispano y el pueblo godo, guardará como testigo presencial secretos y misterios el acueducto de Segovia. Separados en un principio por sus leyes y costumbres, fueron poco á poco, y en el transcurso del tiempo, fundiéndose hasta formar un solo mismo cuerpo, Fué el trabajo de largos años, el producto de muchos hechos, el resultado de costosos esfuerzos. La uniformidad de legislación y la igualdad de religión, luego que la del pueblo vencido se impuso á la del vencedor, allanaron los principales obstáculos, y al fin y al cabo, godos y españoles formaron un mismo cuerpo, como ríos que, apartados en sus manantiales, vienen á confundir sus aguas en un solo lecho.

Dulcificadas por el contacto con un pueblo más adelantado, por la religión, y hasta por el clima, las primitivas costumbres godas, vinieron á informar la vida española durante largo tiempo, mediante usos y hábitos, que pueden estudiarse en el Código en que los reyes godos recopilaran sus leyes, y que se denominó «El libro de los jueces.»

Un nuevo pueblo, una civilización distinta, había de enseñorearse entre las luchas y combates de una invasión rápida y terrible. Cuando ya la unión era un hecho, los sectarios de Mahoma inundaron la península como impetuoso torrente, y en un corto espacio de tiempo destruyen el imperio de los visigodos.

El acueducto de Segovia, que había conducido las aguas con que habían apagado su sed los hijos del Norte, debía darlas también por espacio de más de dos siglos á los nacidos en el Mediodía.

La marcha de los ejércitos árabes no fué, con todo, tan tremenda y aflictiva para los pueblos como lo había sido la de los pueblos bárbaros que con anterioridad se habían enseñoreado de España. Los lamentos del Rey Sabio tienen mayor valor literario que histórico.

He aquí la catástrofe pintada por Alfonso X: «Después que la batalla fué acabada, desventurada-

mente fueran muertos los unos y los otros... E fincara toda la tierra vacía del pueblo, bañada de lágrimas, cumplida de apellidos, huéspedes de los extraños, engañada de los vecinos; desamparada de los moradores, viuda, asolada de sus hijos, confundida de los bárbaros, desmedrada por llanto y por llaga, fallecida de fortaleza, flaca de fuerza, menguada de suerte, asolada de los suyos... E llantos, dolores y alaridos, España lloró... Las sus casas é las sus moradas todas fincaron yermas é despobladas. La su honra é la su pres tornada es en confusión, ca los hijos é los sus criados todos murieron á espada. Los nobles fijodalgos cayeron al captivo. Los príncipes é los altos homes idos son en deshonra y en denuesto... El que fué fuerte y corajoso murió en la batalla; el corredor é ligero de pies non guaresció á las saetas...

»Aquí se remontó la santidad é religión de los Obispos é de los sacerdotes; aquí quedó é menguó el abondamiento de los clérigos que servían las iglesias; aquí peresció el entendimiento é enseñanza de las leyes de la santa fe, é los padres é los señores todos perecieron en uno... Toda la tierra astragaron los enemigos, é las casas tomaron, los homes mataron, las cibdades robaron é tomaron...»



Justas y naturales tales lamentaciones en quien ve acometida su patria por extraña gente, enemiga de sus costumbres y religión, sobrepasan con mucho la exactitud de los hechos. El primitivo horror que Mahoma inculcara á sus huestes hacia los que no seguían la religión que él predicara, se había disipado á la sazón, y los descendientes del Profeta obraban con mayor cautela y política.

En lo que á España se refiere, fuese una consecuencia natural de estas máximas de gobierno, ó fuese, como han pretendido algunos historiadores, temor de concitar contra sí el país en masa, dada la poquedad de las fuerzas de que pudieron disponer para subyugar una nación tan extensa, es lo cierto que respetaron los usos y costumbres, leyes y religión del pueblo vencido. Se han conservado capitulaciones otorgadas por los moros antes de entrar en algunas ciudades, que ponen este punto fuera de toda duda. Pagaban los mozárabes la contribución que los árabes, y las iglesias mayor ó menor cantidad, según el valor que los invasores les asignaban.

Las iglesias contribuían con 25 libras de plata, los monasterios con 50, las catedrales con 100; los tributos de los mozárabes consistían en el 5 por 100 de los bienes muebles, y el diezmo de los fru-

tos de los bienes raíces. Subsistieron las mismas diócesis con sus Obispos, y se prohibió, bajo las penas más severas, construir nuevas iglesias. Quedó el culto circunscrito al interior de los templos, donde decían los sacerdotes la misa á puerta cerrada. Hasta tal extremo se evitó todo rito que trascendiera al exterior, que no se permitía tocar las campanas para que los fieles concurrieran á las iglesias.

Los moradores de Córdoba obtuvieron tal privilegio, y lo tuvieron en mucho y como señalada preeminencia.

Que estas condiciones y tratos, esta tolerancia para el culto de los vencidos habría de sufrir frecuentes eclipses, no hay para qué decirlo. Hacía ya siglos que Breno había pronunciado como argumento de sinrazón su célebre *væ Victis!* y, por desgracia, el jefe galo no había hecho sino dar expresión á lo que la naturaleza del hombre ha querido que se verifique en todos los tiempos y lugares. Fanáticos los opresores, y afectos á sus creencias los vencidos, en más de una ocasión la sangre de los mártires enrojeció el suelo de la patria.

Segovia debió de sufrir la misma suerte que las demás ciudades, y quedar en condiciones semejantes á las otras. Consta, por lo menos, que durante la

dominación árabe tuvo Obispos que rigieron los intereses religiosos de sus diocesanos.

Sabido es el esplendor y poderío que llegó á alcanzar la dominación árabe luego que, á consecuencia de las luchas entre Omniadas y Abasidas, quedó España desmembrada del califato de Damasco. Epoca hubo en que, cuando toda Europa gemía en la sombra, sin una idea en la mente de los hombres ni una luz en el horizonte, el saber y la ciencia se refugiaron en la hermosa Córdoba, capital del nuevo califato y elegida por cabeza y corte de su reino por el noble y caballeresco Abde-rrhamán.

Mas las grandezas y glorias de la rica Córdoba puede conjeturarse que sólo muy mermadas y mortecinas llegaron á Segovia.

Población fronteriza, amagada de continuo por los ejércitos ó las acometidas del enemigo, sin reposo en su murallado recinto, vanamente pudo esperar, en tiempo para ello azaroso, disfrutar de aquella paz y aquel sosiego que requiere el cultivo de las ciencias y las artes. Parece que ya Alfonso I, en alguna de sus rápidas y tremendas incursiones, hubo de penetrar con su hueste guerrera bajo los arcos del acueducto.

Constituyera uno de los más hermosos relatos, si

el viejo monumento pudiera revelarnos alguna de aquellas correrías, con toda su pintoresca confusión y sus tremendos resultados. A la voz del Rey reuníanse nobles y pecheros, armados cada cual á su manera y animados únicamente por su común hostilidad al aborrecido enemigo de su patria y de su fe. Peleábase con desusada saña, particularmente si había agravios recientes que vengar. Encendidos entonces en rabioso encono, allá marchaban como asoladora nube, sembrando doquiera el espanto y el terror. Las cosechas ofrecían á su furia anchas piras en que saciar su cólera, destruyendo aquello que no podían llevar consigo; y entrar en una ciudad valía tanto como sembrarla de cadáveres y ruinas.

Convencidos de que no podían sostener lo que apresaban, era su único objeto causar á personas y cosas los mayores daños que pudieran.

Las arcadas del acueducto, que habían visto pasar á los suevos montados en sus feroces caballos, hubieran también de ver á los refugiados en Asturias, jinetes en sus fuertes trotones de guerra.

Con alegría inmensa verían los reconquistadores el monumento, solemne, mudo testigo de sus antiguas glorias.

A su presencia, herida el alma por el desconsue-

lo de tener que abandonar la ciudad, con saña furibunda ensangrentarían sus armas en los odia-dos sectarios de Mahoma. Junto á los gruesos pilares descansarían un momento el fatigado bra-zo, y sería, en verdad, espectáculo digno de afa-mados pinceles el que ofrecería la hueste formi-dable, tendiendo la vista satisfecha del estrago producido y pronta á emprender la retirada.

Junto al aldeano desarmado y provisto única-mente de ligera pica, veríase al caballero armado de pies á cabeza, como arrogante figura forjada en hierro.

El yelmo dorado del Monarca lanzaría chispas brillantes á los rayos del sol, y en su torno agru-pados los nobles presentarían los varios modos con que cada cual procuraba resguardar su cuerpo del golpe del contrario. Quién cubriría su pecho con el fuerte peto de adobado y endurecido cuero, y quién se vestiría con la flexible loriga de láminas ó anillos. Lucirían en las manos las espadas cortado-ras, las lanzas formidables, las mazas ferradas, cuanto servir pudiera para herir atravesar y aplas-tar al enemigo.

Junto al mal rocín del pechero, arrancado quizá á las tareas agrícolas para la incursión, veríase el caballo del hombre de guerra, cuidadosamente pre-

parado para el combate, revestido de chapas de hierro, con las crines y orejas cortadas, esquivando un asidero al contrario, fuerte, pesado, macizo, máquina animada de guerra y de combate.

Desmantelada la ciudad, despedazados, aterrados y sangrientos sus moradores, daría el Monarca la voz de partida, y tras él marcharía la hueste, dejando en pos de sí hondo surco de lágrimas y sangre.

Los escuadrones se perderían en los confines del horizonte alumbrados por el siniestro resplandor de los incendios con que darían luz á su camino, y el acueducto, ante la ciudad llena de silencio y luto, seguiría ostentando sus grandiosos arcos, mudos é indiferentes al estrago, sin curarse de los que, arrollados por el enemigo bajo ellos, yacerían rígidos y fríos, con las abiertas heridas manando sangre, bocas mudas que pregonaban la saña del cristiano.

Más de una vez hubo de presenciar el acueducto estas escenas.

En compensación de tales dramas y de tan ensordecedor tumulto, por largo tiempo debió de verse como aislado y solo en la ciudad medio destruída y desierta.

La Castilla cristiana avanzaba con tenaz persistencia sus linderos, y el momento se aproximaba

de que los reconquistadores asentasen en Segovia la planta de una manera definitiva. Mas este avance iba preñado de luchas y de estragos que dejaban largo tiempo yermos y baldíos los campos, huérfanos de cultivo y cubierto de breñas y maleza.

En aquel continuo batallar, los límites entre los dos pueblos rivales no podían estar determinados, como hoy ocurre en las naciones cultas, por líneas precisas y marcadas.

Entre los pueblos fronterizos de uno y otro bando, amplia cinta de tierra quedaba desierta y despoblada, estéril, infecunda del trabajo humano, símbolo real y vivo de las desolaciones que consigo lleva la guerra. Este espacio era habitado únicamente por forajidos industriados en el merodeo, connaturalizados con el pillaje, y duros y bravíos en su salvaje y criminal independencia.

Largo abandono, súbitas acometidas, ocupaciones repentinas, entretuvieron algún tiempo á Segovia antes de caer para siempre en poder de los cristianos.

Entonces fué cuando el venerable monumento estuvo á punto de desaparecer, sin dejar quizá tras sí más que tenue y borrosa memoria de su existencia. Parece que el desánimo y la desesperación que

engendra la necesidad de dejar una presa querida en poder del enemigo, enciende el alma en ira tan violenta, que surge con potencia irresistible el afán desaforado de destrucción y aniquilamiento.

Alimenón, el famoso rey de Toledo, inmortalizado por la poesía, vióse en la precisión de abandonar Segovia á la fortuna y al tesón de los cristianos. Apoderados éstos de ciudades cercanas importantes, el temor de verse envuelto por el contrario le obligó á desamparar la población, seguido de sus moradores musulmanes. Corrió entonces, por motivos ya indicados, el mayor peligro que amenazar pudo su existencia la famosa Puente Segoviana. Alimenón desmanteló la ciudad, como si se hubiera propuesto que, al poseerla el aborrecido cristiano, sólo pudiera poner su planta sobre informe montón de ruinas. Su mayor saña se dirigió precisamente contra el acueducto, como la joya de mayor valía y satisfactor de una necesidad constante.

Treinta y siete arcos vinieron al suelo con estrépito á la orden del iracundo demoleedor. Estos treinta y siete arcos, los de un solo orden, que corren desde el comienzo hasta la iglesia de San Francisco, bastaron consiguientemente á entorpecer con su ruina el servicio para que se construyera el monumento.



Es en verdad asombroso que la demolición no se efectuara por la parte del Azoguejo, dadas las intenciones de Alimenón, en cuyo caso la ruina del puente hubiera sido completa.

Si tal hubiera sucedido; si el aleve propósito del Monarca moro se hubiera llevado á cumplido término, sólo rastros pequeños y casi insignificantes hubieran llegado á nosotros de tan excelsa obra.

Y de ninguna suerte nos la hubiéramos podido forjar con toda su admirable sencillez y su soberana grandeza.

Los nuevos ocupantes se vieron privados de los beneficios que el acueducto otorgara, apagando la sed de los moradores de Segovia.

La parte más bella y acabada de la obra subsistió en pie, viendo agruparse en torno suyo la nueva población cristiana. Preocupábase ésta, ante todo, de la necesidad en que se encontraba de defender la ciudad recién conquistada de las invasiones musulmanas. Amurallóse el recinto con gran prisa, procurando con premura reparar las injurias causadas en las obras de defensa por los sarracenos. Este afán se nota en el apresuramiento con que para realizar su obra echaron mano de cuantos materiales, propios para realizar su empeño, hallaron cerca de sí.

Los sillares pertenecientes á los derruídos arcos del acueducto yacían desparramados por el suelo, y de ellos se apoderaron gozosos para restaurar la muralla.

Al propio tiempo, y como digno coronamiento de la obra de defensa, se trabajaba seriamente en el alcázar, edificio colosal cuya titánica grandeza basta por sí sola para hacernos comprender lo terrible de la guerra sostenida contra los árabes, que llena casi por completo la Edad Media de nuestra Historia.

¡Cuán tenaz y porfiada sería la lucha que necesitaban tales fortalezas para que sirviesen de valladar al contrario!

Mas no se crea por esto que los segovianos, agazapados en su ciudad, guardaban sus alientos tan sólo para resistir las acometidas del enemigo. Lejos de eso, tomaron desde luego la ofensiva contra los sectarios del Profeta. Y la tomaron con tal fortuna y arrojo, que, al apoderarse los cristianos de Madrid, fué de lleno para los segovianos la gloria del combate.

Vióles salir bajo sus arcos el acueducto, con sus pesadas lanzas hechas con enteros troncos de pinos asentadas en el ristre, formando lucidísima hueste, mandada por Díaz Sanz y Fernán-García.

Quedaron en la ciudad las hembras y los ancianos, formando conjeturas acerca del éxito que de la jornada obtendría la gente moza, inciertos entre la esperanza de un feliz logro y los temores de un descalabro. Frases entrecortadas por suspiros reveladores del temor, mezcladas con discursos de aliento, debió de escuchar el antiguo monumento, en tanto que los que en la ciudad habían quedado interrogaban con ávidos ojos al horizonte, como si el viento pudiera contarles el relato de lo que sucedía al otro lado de la sierra.

Durante el mismo tiempo, los adalides, incorporados al ejército sitiador, daban frente á Madrid. Cúpoles la suerte (que suerte era para gente tan brava y dura) de dar la acometida por el paraje que ofrecía mayor peligro. El tercio de Segovia arremetió la puerta de Guadalajara, en tanto que los demás en que el ejército se había dividido, embestían la población por diferentes puntos.

Cuando los acometedores llegaron á tiro, cayó sobre ellos espesa nube de piedras y saetas, que no hizo sino avivar el ansia y denuedo con que se acercaban á la muralla.

En la puerta de Guadalajara tomó la lucha las proporciones de la epopeya, cuando, rabiosas y sedientas de sangre, quisieron las legiones apoderar-

se de la torre que junto á la puerta había. Aprontaron escalas, y por ellas treparon, arrojándose con furia al peligro.

Los defensores, que se veían en tal aprieto, redoblaron sus esfuerzos, y con piedras rompían las escalas, ó bien, desencajando los garfios con que á la muralla las sujetaban los que subían, las lanzaban al foso con sus racimos de hombres, sembrando el hondo álveo de cadáveres palpitantes. Luchábase con saña ciega por una y otra parte, y con tan delirante empeño, que asaltantes y defensores sólo al morir dejaban de matar. En tan obstinado combate, llevaron al cabo los segovianos la ventaja, é hicieron suya la torre, ahuyentando á todos sus defensores, pasmados de tanto valor.

Logrado este objeto, probaron Díaz Sanz y Fernán-García, que unían, al valor de esforzados campeones, la prudencia de consumados capitanes.

Calmado el frenesí de la enardecida hueste, la impidieron lanzarse dentro de la ciudad, donde irremisiblemente hubiera quedado envuelta y destrizada.

Cuando, abierta brecha por varios puntos, lograron los restantes tercios imitar á los segovianos y poner el pie en la muralla, lanzaron otra vez los suyos hacia el enemigo, en quien pudieron por

largo tiempo saciar su desapoderado afán de mantanza.

Díaz Sanz y Fernán-García ganaron en aquel día empresas para su escudo, y Segovia escribió una página brillantísima en su historia. Como trofeo de su triunfo pudieron los segovianos poner las armas de la ciudad en la puerta de Guadalajara, y allí se esculpió en piedra la imagen del acueducto para memoria de tan hermosa hazaña.

Cuando la hueste regresó á la ciudad natal; cuando cruzó otra vez bajo los arcos del viejo monumento, venía mermada y reducida, como muy sangrada en el campo del honor, pero llena de júbilo y orgullo, cual cumple á quien tras rudísimo esfuerzo había logrado el lauro de la victoria.

Data de esta época la confirmación por el Rey del fuero de Sepúlveda, que tales preeminencias otorgaba á buena parte de la región segoviana. Informado en un amplio espíritu de independencia y libertad, ponía á Sepúlveda y su comarca al abrigo de extraño poderío; en prueba de lo cual basta recordar las disposiciones permitiendo destruir sin pena ni castigo las poblaciones y castillos erigidos en su término; manera en verdad notable de enfrenar las demasías y asechanzas de la nobleza

A la conquista de Madrid siguió, según propósi

to preconcebido de Alfonso VI, la de Toledo. Este hecho memorable señala en realidad el punto desde el cual se ve la Reconquista afianzada por completo, y, como natural consecuencia, la expulsión de los árabes del territorio nacional en plazo más ó menos lejano.

Los vasallos del rey Alfonso no hubieron de ver esto con tanta claridad cuando la terrible invasión de los almoravides puso en gran riesgo la España cristiana después de la terrible rota de Zalaca. Mas pasado aquel peligro, siguió la Reconquista su marcha, iniciada con tan singular aliento, hacía ya cuatro siglos, en las montañas de Asturias.

El acueducto de Segovia vió partir numerosas legiones, ora en contra de los árabes, ora en contra de Reyes cristianos, cuando la poca política de los Monarcas concitaba contra sí las fuerzas que se malgastaban en luchas estériles, retardando el ansiado día de la liberación de la patria. Vió también el acrecentamiento que desde aquel tiempo obtuvo el clero en Segovia, merced á las continuas donaciones de los Reyes.

De tan azarosa época pudiera la insigne construcción romana aclararnos también cosas poco averiguadas, no obstante que en su investigación se hayan empleado notables ingenios.

De intento se ha citado como documento notable el fuero de Sepúlveda, y conviene recordar la su- misión de Segovia á sus Reyes, y la ayuda conti- nua prestada en sus empresas guerreras, así como en donaciones eclesiásticas.

Se ha disertado tanto sobre si en tierras de Castilla ha existido en realidad el feudalismo, que al examinar lo que ha visto el viejo acueducto, no podíamos menos de lamentar que no pueda dar cumplida respuesta á tan importante pregunta, que sólo logramos resolver por conjeturas.

Como quiera que no sea pertinente recordar punto por punto la historia de Segovia, sino más bien mencionar las grandes transformaciones que han sufrido las sociedades que han dormido junto á los pilares del coloso, sólo apuntaremos el nuevo cambio que en las costumbres se manifestaba, prestándoles aquel aparato romancesco y aquel ca- rácter caballeresco que, dando tono y luz á la his- toria de este período, ha nutrido con sus hechos bizarros las poesías de los poetas y de los tro- vadores.

Entre la revuelta de los bandos y áspero chocar de las armas, en el período que corre desde que el rey Alfonso arrebató á los moros Toledo, y el Rey Santo le arrancó otra preciada joya, Sevilla, se de-

linean los rasgos que, acentuados ya y en todo su esplendor á mediados y después del siglo XIII, dejan señalada tan memorable época con caracteres indelebles.

Ya en tiempo de Fernando III agremiábanse los menestrales, y no es dudoso que Segovia, surtida en sus fábricas de aguas abundantes, había de ser de las primeras ciudades que presenciasen tan notable transformación, semilla y germen de nuevos progresos. Ya las leyes se escribían en el lenguaje del pueblo, y al paso que el comercio y la industria cobraban ensanche, comiézase á cultivar las letras y las artes en los descansos otorgados por la guerra.

Cupo por entonces á Castilla ser regida por un hombre versadísimo en cosas literarias, pensador profundo, legislador notabilísimo y varón adelantado á su siglo de tal suerte, que no hubo entre sus contemporáneos y vasallos quien comprendiese su gran valor é importancia.

Las generaciones que se siguieron le conocieron con el nombre de Sabio, y de su sabiduría hicieron befa y menosprecio los pueblos por él gobernados, más necesitados quizá, después de la conquista de Fernando III, de un Monarca guerrero que de un Rey erudito y estudioso. Resultado de la



contradicción entre su persona y su tiempo, fueron sus desgracias, tan grandes como su talento, y que inmortalizó su pluma en las *Querellas*.

La rebelión de sus súbditos hirió la dignidad del Rey, y la rebelión de su hijo laceró hondamente el corazón del padre.

El siglo XIII no presenta figura más simpática, ni hombre tan notable aparece en el mundo durante mucho tiempo.

El acueducto de Segovia le vió repetidas veces junto á sí, porque en muchas ocasiones hizo de la ciudad su residencia. En ella reunió Cortes, por cierto con desgracia para sus propósitos, porque, escudriñador del movimiento de los astros en el cielo, no alcanzó á conocer las leyes que rigen los intereses en las sociedades humanas, y sus falsas nociones de economía política, que le hicieron alterar el valor de la moneda cuando las Cortes le negaban los subsidios que necesitaba, fueron origen de disturbios y trastornos que menguaron su autoridad ante sus súbditos.

Alfonso X debió de mirar con extremada atención el acueducto, monumento vivo del pueblo romano, á que tan extraordinaria afición demostró siempre, y de cuyas leyes fué profundo y experto conocedor.

Se ha censurado que en el Código inmortal de las Partidas tuviera el Derecho romano preferencia sobre la legislación indígena, y tienen razón en esa parte los que tal sustentan. Mas esto mismo prueba su preferencia por un pueblo que echó las bases de la legislación por que todos los pueblos cultos se rigen en el mundo.

Ante el coloso de piedra, ¡qué de ideas y reflexiones cruzarían por la mente del gran Rey! Al choque de sus ojos con los pilares del acueducto, ¡cómo se cargaría de pensamientos el cerebro de aquel ser tan adelantado á su época!

Las miradas atónitas del vulgo en cien generaciones no valen, por una sola ojeada profunda, meditadora, inmensa, de semejante hombre.

Al Rey Sabio sucedió el Rey Bravo.

La guerra con los árabes se encendió de nuevo, y el acueducto vió otra vez partir contra el enemigo los tercios segovianos, que iban á mostrar su heroísmo escalando los muros de Tarifa.

A la muerte de Sancho IV comienza una larga minoría.

Si nuestra Edad Media es una heroica batalla, es también un continuado motín.

Al apuntar las cosas y personajes que el acueducto ha visto, y aun siendo imposible pasar sino

en rápido vuelo al través de los siglos, sería injusticia notoria que, habiéndonos detenido algún tiempo ante el hombre sabio, no nos paráramos un momento ante la mujer animosa y fuerte; que, habiendo hablado de Alfonso X, no recordáramos á doña María de Molina.

Si la ilustre segoviana doña Berenguela había probado tiempos atrás que las hembras rivalizan en tacto político con los hombres más expertos, doña María rayó tan alto, que sus actos y entereza, su claro talento y elevadas dotes de gobierno probaron que era imposible llevar más adelante la *prudencia en la mujer*.

Desconcertado el reino y amenazada la corona del rey Fernando por las despiertas codicias del mando en los vasallos que principalmente tenían el deber de servirle de apoyo, serenó tranquilamente las tormentas, y, apoyada por el brazo popular, contuvo las demasías de los nobles.

El acueducto de Segovia la vió en los azares de su regencia pasar ante los arcos serena y resuelta, cuando la ciudad se mostraba incierta entre seguir su partido ó el de sus contrarios. Su arrojo obtuvo recompensa, y Segovia se la mostró siempre adicta; cuyo ejemplo debió de influir en la manera de proceder de otras ciudades de Castilla.

Ann cuando se quiera, es imposible prescindir de hechos que nos demuestran cómo se conservaba en Segovia, durante siglos, el espíritu aguerrido de sus moradores.

Dejando á un lado las desavenencias que surgían en la Iglesia segoviana, y que habían de traer revueltos y enardecidos los ánimos de nobles y plebeyos, convirtiendo los ojos á la feraz Andalucía, vemos un espectáculo que recuerda al que en repetidas ocasiones nos han mostrado las huestes procedentes de la ciudad del acueducto.

Regía el reino á la sazón Alfonso XI, hombre cuyas raras prendas de mando y de guerrero valiéronle gran sobrenombre. Impetuoso y heroico en el combate era tenaz y decidido en el gobierno, y supo con mano fuerte enfrenar las demasías de los nobles, cuya ambición había convertido la nación en un caos, cuando el Rey, en edad bien temprana, fué declarado mayor de edad.

Los años ajustaron más debidamente sus actos de entereza, y su implacable voluntad, sin perder en nada su energía, se atuvo á formalidades legales, de que en un comienzo hiciera caso omiso, y que daban á veces á su justicia un carácter de alevosía.

El reino pudo felicitarse de que tal hombre hubiera ocupado el trono, y los más ariscos vasallos

hubieron de humillar delante de él las antes er-  
guidas frentes.

Su valor indomable supo también tener á raya la tremenda invasión de los árabes, y junto al río Salado ganó para su nombre y sus ejércitos inmarcesibles laureles.

La nueva irrupción había desembarcado en España, principalmente por Algeciras, donde las naves agarenas habían dejado en tierra multitud de hombres, que amenazaban cubrir la España cristiana como nube de asoladora langosta, y que sólo sirvieron para pasto de las espadas enemigas en las orillas de un río. El peligro fué tan grande, que, olvidando intestinas rivalidades, aunaron sus fuerzas los Monarcas cristianos para dar al traste con las del contrario.

Noticioso el Rey de que África, no obstante la rota del Salado, preparaba nuevas incursiones, quiso arrebatárlas, con la plaza de Algeciras, la esperanza de intentar un nuevo desembarco.

Hacíanle falta hombres y dinero, y en su busca corrió las ciudades del reino, alentando á sus vasallos para la empresa.

Dió Segovia su sangre y su oro para luchar con el sarraceno, y bajo el pendón del acueducto se reunió la hueste expedicionaria.

Merece el sitio de Algeciras mención especial, porque en él dieron muestras los segovianos de que á su arrojo en el combate unían la virtud quizá más preciosa del sufrimiento en la campaña.

En la toma de Madrid no hizo falta más que heroísmo; en Algeciras, heroísmo y paciencia para sufrir impertérritos las inclemencias del cielo y los azares de un asedio largo y riguroso. Combatía el ejército sin descanso durante el día, y por la noche dormía sobre fango, azotado durante meses y meses por una lluvia pertinaz y enojosa.

Enfermedades sin cuento mermaban el ejército tanto como los combates con el enemigo, y contra todo tenía aliento Alfonso XI, resuelto á no desamparar su causa.

La pertinacia de tan prolongado sitio llamó la atención á toda Europa, y nobles franceses y alemanes corrieron á compartir las penas del asedio. Mas después de prolongado viaje, al ver de cerca las angustias de tan espantosa guerra, faltóles á muchos el aliento y regresaron á sus tierras sin dar cima á la empresa, probando que sólo el tesón castellano era capaz de llevarla á completo término. Pues en el sitio de mayor peligro, base principal de la confianza del Rey, los tercios segovianos

resistían impávidos aquellos inenarrables sufrimientos.

Allí, á las orillas del mar, cuyas embravecidas olas azotaba de continuo la tormenta, empapado el cuerpo por lluvias torrenciales, faltos de alimento, sin descanso en el pelear, aquel puñado de hambrientos heroicos se agrupaba bajo el ancho pendón que ostentaba en su brillante tela el acueducto, recuerdo de la ciudad querida que daba aliento á sus pechos indomables. En verdad que tales hombres, como el primer navegante de Horacio, debían tener el corazón tres veces forrado de bronce.

Tanto sufrimiento, tanto tesón, tanto heroísmo tuvieron merecido premio, y por fin el ejército penetró en la ansiada plaza.

En sus almenas ondearon al viento las banderas castellanas, y la imagen del acueducto se ostentó orgullosa á la vista del África, cuyos hijos lloraban el horror de un nuevo vencimiento.

Poco después comenzaba un reinado cuyos hechos han traído por largo tiempo divididas las opiniones, como en la vida del Monarca lo estuvieron los hombres, militando en diversos bandos.

Conmovido el reino todo, tocóle á Segovia su parte, y no fué la ciudad que menos conoció las

demasiás de D. Pedro. Acerca de este Rey, la Historia ha pronunciado ya severo fallo. Podrá la poesía engrandecer su figura y rodearla de singular prestigio, al calor de romancescas invenciones; pero el historiador imparcial y severo, descartando poéticas tradiciones, hallará tan sólo un hombre desalmado y feroz, á quien con justicia apellidó *Cruel*.

Hay en su reinado escasos respiros y momentos breves en que poder hallar algún descanso en la serie de sus criminosos hechos, como en noche de espesas tinieblas luce por acaso en el cielo algún luminar para hacer más notable la profunda y negra oscuridad del enlutado espacio. Pero siguiendo la relación de sus desmanes y tropelías, el número de sus crímenes y asesinatos, se viene en cuenta de que sus perversas acciones obedecían á una ferocidad congénita, amargada con las hieles de una infancia pasada en el desamparo.

Ni la rudeza de los tiempos, ni su supuesto apoyo al brazo popular, pueden justificar la sangre que derramaron por su orden sus terribles ballesteros, ni el desenfreno á que le lanzaron sus volcánicas pasiones.

Cuando su hermano D. Enrique le movió guerra, dividióse Segovia en bandos que seguían



las banderas del Rey legítimo y las del hijo de la Guzmán.

Los ojos del acueducto hubieron de recoger las frases enconadas con que unos y otros defendían su causa respectiva, y más de un cadáver quedó tendido junto á las callejas que lo rodeaban, á cuenta de entrambos partidos. Tan adelante fueron las cosas, que, apoderados en cierta ocasión los enriqueños del Alcázar, y fiel la ciudad á don Pedro, hubo por bastante tiempo la serie de muertes y atropellos que en aquellos apartados tiempos, y aun en otros muy posteriores, sirven de fúnebre cortejo á las maldecidas guerras civiles.

Conocido es el término de aquélla, á que dió fin, como para poner de relieve el horror de tales luchas, un espantoso fratricidio.

Tales acontecimientos dejaron enconados los ánimos, de modo que, á pesar de los esfuerzos del vencedor, no hubo por mucho tiempo paz en tierra de Castilla.

Segovia vió dentro de sus muros una de las mayores desdichas que pueden caer sobre los pueblos, con el recrudecimiento de odios por el antagonismo entre nobles y plebeyos, luchas locales que, costando lágrimas y luto, son las más cruen-

tas por el pequeño espacio en que se revuelven los combatientes.

Durante reinados posteriores ejerce Segovia menor papel en el desenvolvimiento de la historia patria, como preparándose al importantísimo que había de desempeñar en tiempos de Enrique IV. Vió el acueducto desarrollar ante sí acontecimientos tan capitales por aquel entonces, que sus consecuencias han llegado todavía hasta nosotros.

La gobernación del cuarto Enrique, comenzada bajo inmejorables auspicios colocando sus ejércitos en incursión guerrera en la hermosa vega de Granada, se extravió por tan torcidos senderos, que fué su reinado larga serie de desaciertos y torpezas, de ignominias y vergüenza para la patria.

Débil é irresoluto, menguado en dotes intelectuales y sin carácter, pasó por humillaciones sin cuento, y vió mancillada su honra como rey y como hombre, hasta extremos que parecerían inverosímiles si no constaran de una manera positiva é indudable. No ya su autoridad fué despreciada y vilipendiada, sino que hasta la legitimidad de su hija doña Juana vió puesta en tela de juicio, dándose á aquélla el nombre de *Beltraneja*, afrentoso padrón de ignominia para D. Enrique, con que ha pasado á la Historia. El favoritismo de D. Beltrán

de la Cueva, obtenido con desdoro y deshonor del lecho real, fué causa de ira y malversión por parte de los vasallos, que envolvieron en su común odio al Monarca y al favorito.

Para hablar con más verdad, alcanzaba en pureza el odio sólo al segundo, y reservábase para el primero lo que más herir puede la dignidad del hombre: la risa y el menosprecio, la befa y el escarnio.

El Rey, con sus actos, fomentaba el descrédito que hacia su persona sentían los pueblos, y sólo algunos muy leales se mantuvieron fieles á su causa. La debilidad de D. Enrique llegó al extremo de firmar él mismo un solemne documento, en que daba por hija adulterina á doña Juana, princesa desdichada, digna ciertamente de mejor suerte.

Ensoberbecidos los grandes, fuertes y poderosos, y teniendo enfrente un Rey tímido y pusilánime, pusieron tan adelante su osadía, que en escenas como la desarrollada ante los muros de Avila llevaron al último extremo el vilipendio de la corona.

Todos estos sucesos se verificaban en medio de desórdenes y luchas que por todas partes surgían, cundiendo al propio tiempo el desenfreno y la licencia, de que era el trono desenfadado ejemplo.

Si en el reinado de D. Pedro I enrojece la san-

gre las páginas de la Historia, en el de Enrique IV enrojecen de vergüenza. Hizo D. Enrique á Segovia su residencia favorita, y fué la ciudad centro de las luchas, intrigas y maquinaciones que constituyen el proceloso reinado del apocado Monarca.

Cuando el Rey se retiró á Medina, después de dar en los llanos de Olmedo batalla á los rebeldes, pensaron éstos apoderarse de Segovia, considerada á la sazón como capital del reino. No se hallaban muy seguros de que la ciudad secundase sus propósitos, y pensaron obtener por la sorpresa una adhesión que les era muy cara, y que temían con fundamento fuese para sus contrarios. Servía á los sublevados de escudo el joven D. Alfonso, hermano de D. Enrique, y con él penetraron los conjurados en el Alcázar, desparramándose en seguida por la ciudad.

El acueducto vió de nuevo los horrores de la lucha cruel que ensangrentó con violencia el recinto de las calles. Los segovianos conservaban su tradicional ardor en el combate, y aunque sorprendidos y despiertos al choque de las armas, se defendieron con imponderable bravura. Cada casa se convirtió en un fuerte, y sus moradores, desde las ventanas, asaeteaban á los partidarios de D. Alfonso, que si bien contaban con encontrar resistencia,

no pensaban que fuera tan tenaz y porfiada. Ocho días costó dominar completamente la población, cuyo recinto se hallaba desde el primer momento invadido por completo por los enemigos. La toma de la ciudad querida acobardó por completo al Rey, y ya desde aquel punto se despeñó en tal serie de desaciertos y vergonzosas concesiones, que asombra pudiera llegar á tal extremo de pusilanimidad y miedo.

Así no es de extrañar que á su muerte, acaecida en Madrid, fuese un caos el país, que parecía precipitarse en vertiginosa rapidez en la más espantosa ruina.

Muerto el infante D. Alfonso antes que D. Enrique, la herencia del trono era disputada por dos Princesas. Imposible parecía que la mano débil de una mujer pudiese contener el universal desbordamiento y convertir un pueblo, cuyas fuerzas mermaban las luchas intestinas, cuyo abatimiento era tan grande, en la nación más fuerte y poderosa de la tierra.

Mientras el mundo exista, las generaciones pronunciarán con amor y con respeto el nombre de la princesa Isabel.

Grande gloria corresponde á Segovia por haber sido partidaria acérrima de mujer tan esclarecida,

no ya cuando el triunfo la sonreía, sino cuando su autoridad era tan dudosa que sólo podía contar con el apoyo de la ciudad del acueducto. Aun antes de ser proclamada oficialmente Reina, encontró en la población cariño y estimación inquebrantables.

Aquella Princesa joven, casi niña todavía, hermana de un Rey tan tenido en poco por sus vasallos, veía disputada y codiciada su mano por multitud de pretendientes. Infantes y príncipes de Aragón, Navarra, Francia é Inglaterra, el maestre de Calatrava y el rey de Portugal, movidos por bien opuestas miras, aspiraban á compartir el tálamo de doña Isabel, que, dudosa é incierta largo tiempo, fijó al cabo su resolución irrevocable. Más de una vez, en sus paseos por la ciudad, cruzaría bajo los arcos del acueducto, fijando en sus arrogantes contornos la distraída mirada, mientras bajo su frente bullían proyectos esplendorosos, que no eran sino leales presentimientos con que su corazón le anunciaba un porvenir de poderío y de grandeza. La elección de esposo fué tan empeñada, que en cierta ocasión, y como viese á su hermano Enrique inclinado á obligarla por la fuerza á contraer nupcias con el maestre de Calatrava, hermano del de Villena, decidió, agotados todos

los recursos, resistir también con la violencia, y hasta oyó gozosa la proposición que le hizo su amiga y confidente doña Beatriz de Bobadilla de coser á puñaladas á su presencia al presunto esposo. La muerte de éste evitó quizá á España espectáculo tan atroz y sangriento.

La noble Princesa fijó al cabo su elección en el príncipe de Aragón D. Fernando, y concertando entre ambos el enlace, efectuó el novio, para llevarlo á cabo, aquel viaje legendario, tan lleno de romancescas peripecias como jamás pudo aventurarlas la imaginación exuberante del más atrevido novelista.

Cuando se estudia la figura histórica de D. Fernando, se agiganta pasmosamente la de la grande Isabel, cuyo genio hubo de ser colosal, para dejar á su lado oscurecido y sin brillo hombre de tal valía y de tan raras cualidades.

El día 13 de Diciembre de 1474 oíase en torno al acueducto singular estruendo, formado al concierto de millares de voces y del movimiento y ruido de la clamorosa muchedumbre.

El enemigo no amenazaba la ciudad, ni en sus calles se ventilaban intestinas discordias, con su sangriento cortejo de muertes y desmanes.

El júbilo brillaba en todos los semblantes, y los

pechos cobraban ensanche con el aliento de risueñas esperanzas.

Había muerto en Madrid el rey D. Enrique, y celebrados por el descanso de su alma ostentosos funerales, tratábase de efectuar la coronación de la nueva Reina.

Desiertos y huérfanos del gentío que á la continua los invadiera, vió el acueducto todos sus alrededores.

La multitud se dirigió á la plaza, y Segovia presenció en ella la augusta y solemne ceremonia en aquel hermoso día, quizá el más brillante de su historia. Clero, nobleza y pueblo asistieron en común, y todos parecían presentir que era aquel el instante solemne en que se inauguraba felicísimo reinado.

La muchedumbre invadía todos los sitios desde donde pudiera presenciarse la ceremonia y asomaban por tejados y balcones las curiosas cabezas.

Los mil diversos trajes de los que en la coronación tomaban parte, desde los representantes de los gremios más humildes á los miembros de la más encopetada nobleza, las vistosas colgaduras, los brillantes estandartes que ondeaban agitados por el viento, los lucientes bordados con que el clero esmaltaba sus vestiduras, formaban una or-



gía de luz y de colores, que respondía maravillosamente al estado interno de las almas, embriagadas de alegría y consoladoras esperanzas.

Si algunos rostros se veían ceñudos, eran los de los representantes de la más elevada nobleza, como presintiendo que la mano débil que en aquellos momentos empuñaba el cetro, había de poner un freno á sus engreimientos y osadías.

No hay para qué recordar punto por punto las glorias de aquella Reina. Sólo en este sitio hemos de mencionar los títulos que á la pública gratitud la hacen acreedora con la restauración del acueducto, que, aparte de la importancia material que ha reportado á los habitantes de la ciudad, nos ha permitido admirar entera y acabada tan artística joya.

Basta sólo tener presente el estado del reino al empuñar Isabel las riendas del Gobierno, y cuál era la situación del mismo á su fallecimiento, para colocar su nombre entre las grandezas más prodigiosas que ha conocido el orbe.

Aun no mencionando las relaciones con Colón y su participación en la conquista de Granada, difícilmente el Monarca más esclarecido puede ponerse en parangón con la Reina Católica.

Las Ordenanzas relativas al comercio, industria,

agricultura y marina fomentaron aquellos ramos de modo, que desde el extremo de un abrumador y pesado abatimiento, pasaron á notable y brillante esplendor.

Grande muestra fué de su entereza la reversión á la Corona de las mercedes hechas por sus antecesores, y no menos la incorporación á la misma de los Maestrazgos de las Órdenes militares.

Aquella nobleza altanera y ensoberbecida que dictaba leyes á su capricho y se sobreponía al solio real, fué domada por la voluntad de una mujer, y sumisa y obediente se acostumbró al servicio de la Princesa.

El estado llano obtuvo cargos que indicaban el ascendiente que Isabel daba al talento, y la nobleza, con bizarra emulación, vino á disputar, en palestras harto distintas de las que hasta entonces había visitado, el lauro otorgado al pensamiento.

Los hijos de las casas más ilustres de Castilla llegaron á regentar cátedras en las Universidades, y la tosquedad y falta de cultura, que eran antes sus dotes características, fueron sustituidas por aquellas que abrillanta el esmerado cultivo de la inteligencia.

Fué el solio espejo donde se miraron los grandes

para dedicarse al estudio, y no hicieron sino seguir el derrotero que les marcara la Reina, la que en el corto vagar que la dejaran los accidentes de su azaroso reinado, halló tiempo suficiente para ilustrarse, aprender á la perfección la lengua de la Iglesia y dar á sus hijos educación tan excelente, que fué motivo de admiración y aplauso por parte del sabio Erasmo.

El acueducto guarda de tan esclarecida é ilustre Princesa recuerdo inmarcesible. Quizá sin el cuidado y solicitud de la Reina nos veríamos privados de admirar hoy día la portentosa obra en que dejó á Segovia la huella de su genio y el testimonio de su afecto.

Desde los tiempos de D. Alfonso VI se hallaba el acueducto en estado de ruina y abandono; y si su solidez y admirable construcción le hacían resistir enhiesto las injurias de los tiempos y de los hombres, no era difícil prever que ya en breve espacio había de verse derrumbado y destruído para siempre. A su reparación y restauración atendió la Reina Católica, y admirando el genio arquitectónico del P. Escovedo, le encomendó la obra que tuvo la satisfacción de ver concluída.

Un monumento que debe su existencia al pueblo romano y su restauración á la gran Isabel, ostenta

los títulos más dignos de admiración y entusiasmo á la vista de las generaciones.

En la vasta galería de hombres ilustres que han pasado junto á sus pilares, no es posible dejar en silencio el nombre de un coloso, cuyo genio asombra á las edades en la sucesión de los tiempos.

Cierto día de la primavera del año de 1505, un hombre de edad avanzada, jinete en una mula, adelantaba solitario y triste en dirección á Segovia, y se detenía un instante, abarcando con su mirada melancólica el acueducto y la ciudad, residencia á la sazón de la corte, por serlo de D. Fernando V, viudo ya de la grande Isabel.

La sierra ostentaba la blancura de sus nieves, menos frías que la indiferencia de los hombres, y el anciano, bajo cuya frente ardía la luz del pensamiento más grande con que plugo á Dios adornar el cerebro de un ser terrestre, contempló la ciudad con una expresión digna y severa, marcada con el sello de la amargura. Aquel hombre era Colón. Desde su entrada triunfante en Barcelona había transcurrido algo más que el tiempo; había habido espacio para que tomase cuerpo la ingratitud del Rey, incapaz de elevarse á la altura del genio inmortal del marino genovés. Pobre, más que pobre, miserable, mordido el cuerpo por la enfermedad que

había de llevarle al sepulcro, mordida el alma por el desamparo y aislamiento en que la humanidad le colocaba, al pasar bajo tus arcos de granito, monumento gigantesco, ¿qué pensamientos bullían dentro de aquella cabeza esférica, como la bóveda inmensa de los cielos? ¿Qué sentimientos hicieron latir con nota profunda y dolorida el corazón de aquel hombre?

La pérdida de la importancia política de Segovia tuvo lugar con ocasión de la guerra de las Comunidades, en la cual tomó parte principalísima, y de la que guarda también el acueducto recuerdos que dilucidarían las varias opiniones que se han sustentado acerca del carácter y verdadera significación de aquella lucha.

Cercado el monumento por las casas habitadas por el pueblo, y oyendo las íntimas confidencias del hogar, fué asunto para él claro y sin nubes lo que hoy afana á los historiadores que rastrean en los tiempos pasados la verdad histórica.

Cuando el suplicio de Tordesillas; cuando el alcalde Ronquillo se aproximaba con su hueste á los muros de Segovia; cuando esta ciudad escribía á Medina su inmortal carta; cuando el mando se disputaba entre Girón y Padilla; cuando se vencía en Torrelobatón, y cuando en Villalar sucumbió, casi

sin combate, el ejército de los Comuneros; cuando el hacha del verdugo segaba la cabeza del ilustre Juan Brayo, los pilares del acueducto recogieron las esperanzas y las decepciones del pueblo, los suspiros de angustia y los gritos de satisfacción, los murmullos reprimidos de la ira y el quejido lastimero del desconsuelo. Lo cierto es que, afortunadamente, y no obstante el largo espacio durante el cual los historiadores han cubierto de sombras el levantamiento de las Comunidades, la verdad se ha abierto paso, y hoy podemos apreciar, sin disculpar los excesos á que se entregaron, cuánto había de noble, de grande y de genuinamente español en aquel levantamiento, promovido por razonables y justísimas causas.

El acueducto de Segovia siguió presenciando los varios sucesos en que se ha desarrollado la historia, si bien no fué ya la ciudad centro principal de los hechos en que aquélla desenvuelve su rico contenido. Sin embargo, en mayor ó menor escala, no ha habido acontecimiento que sobre él no refleje su existencia; y desde las luchas de los partidarios borbónicos y austriacos en la guerra de sucesión, hasta las de nuestros inmortales guerrilleros en la epopeya de nuestra independencia, ha presenciado con más ó menos intensidad todos los hechos mo-

---

dermos, como registró aquellos apartados que se presentan envueltos en la oscuridad de la Historia.

Al ultimar esta somera relación de lo que el acueducto ha presenciado y ha visto con sus cien ojos, se ocurre de una manera natural preguntarnos cuáles serán los hechos que todavía ha de presenciar. La solidez de su construcción, á menos que algún cataclismo no lo sepulte impensadamente en ruinas, le asegura larga existencia.

Ante ese porvenir tan largo, el pensamiento se detiene, y la mente, atónita y abismada, no se atreve ni á balbucear una sola palabra.









## V

# LA LEYENDA

## I

**Q**UID. Voy á referiros el origen del acueducto de Segovia. Me lo ha contado el pueblo, y yo no soy inventor de esta historia que narran las ancianas de la ciudad á sus nietos, en las largas noches del invierno, sentadas junto al ancho hogar donde arden los troncos de encina con alegres llamaradas, mientras fuera silba el viento y cae la nieve, cubriendo la tierra con su manto de blancura.

Los sabios y eruditos revuelven libros y perga-

minos antiguos buscando el nombre del autor de la famosa Puente. ¡Tarea inútil! No hagáis caso de sus escritos, asentados sobre vanas conjeturas. Rechazan mi relación porque dicen que está cuajada de anacronismos... ¿Qué saben ellos? La verdad cierta é indudable sólo la conocen las viejas segovianas, tal como la oyeron contar á sus padres, que á su vez la habían escuchado de labios de los suyos. Treinta y tres abuelos bastan para remontarnos hasta los tiempos de Jesucristo, y muchos menos hay que recorrer para llegar hasta los que vivían cuando aconteció el portentoso suceso. Oid:

## II

Hace años, muchos años, vivía en Segovia un anciano sacerdote, tan pobre de recursos como rico de virtudes. No obstante su pobreza, era inagotable su caridad y extremada la bondad de su corazón, hallando siempre modo de socorrer al menesteroso que, pidiendo una limosna, se acercaba á sus puerta. Penetraba en el hogar del desvalido, y la estancia mísera que recibía la visita del pobre cura resplandecía alegre, como animada por el beso de oro

que el cielo manda á la tierra, disuelto en los rayos del sol. Apoyado en un báculo de palo, con su arrugado rostro, en que se reflejaba la belleza del alma, la cabeza coronada de canas, la sonrisa en los labios, era el amigo de los viejos, el consejero de los jóvenes, el ídolo de los niños que, suspendiendo sus juegos infantiles, corrían á su encuentro al divisarle, gozosos de disfrutar el regalado mimo de una caricia en las mejillas y el obsequio de estampas con imágenes de santos.

No era hombre de letras, y, sin embargo, era inmensamente sabio, porque el temor de Dios constituye la verdadera sabiduría.

### III

En compañía del cura vivía su sobrina, una hermosa joven, alegre como el repiqueteo de las campanas de la Catedral tocando á gloria. Era blanca como la nieve cuajada en lo alto de la sierra, de cabellos rubios como los trigos en sazón y ojos azules, con el azul de los cielos á la caída de la tarde, cuando el sol comienza á ocultarse y las sombras á invadir el horizonte.

Su hermosura la valía encendidos requiebros de

los mozos y la admiración de los viejos, lo mismo cuando acompañaba á su tío al ir á la iglesia para decir éste su misa cotidiana, que cuando en la plaza, rodeada de sus amigas, movía su gracioso cuerpo, siguiendo el ritmo del rústico tamboril en los giros y vueltas del baile. Sin embargo, no tenía novio, por más que muchos, cual mariposas en torno á la luz, revoloteaban á su lado ansiosos de ver correspondida la pasión que inspiraba. Sin hacer caso especial de ninguno, á todos atendía con tan franca ingenuidad, que nadie, después de oír la encantadora música de su voz en frases llenas de alegría, podía darse por sentido.

Con igual complacencia oía á la gente de su misma laya que á los caballeros que, al verla tan airoso y bella, mirándola con ojos codiciosos, la requebraban; mas si algún noble insistía, hallábase con que la niña, mansa como el ciervo, se transformaba de tal modo, irguiendo con cólera la cabeza, que semejaba una hermosa fierecilla de los bosques.

Todo lo cual quiere decir que la gentil sobrina del cura era buena, religiosa, modesta; en una palabra, poseía todas las virtudes, menos la paciencia.

## IV

El sacerdote llevaba el nombre de San Frutos, el mártir patrón de la ciudad de Segovia. La sobrina se llamaba María y era nieta de un hermano de D. Frutos.

Cuadraba á éste el *Don*, porque, aun cuando pobre, era de solar conocido y de noble linaje, sin entronques que mezclasen á su pura sangre cristiana una sola gota morisca ó judía. María tenía en el mundo á su tío por único amparo. No había conocido á su abuelo, y los que la dieron el ser habían muerto siendo ella muy pequeña, dejando tras sí el padre un buen recuerdo, por haber caído valientemente riñendo sangrienta batalla con los moros.

D. Frutos tenía setenta años y María veinte, armonizándose perfectamente la juventud de la una y la ancianidad del otro. La joven daba al hogar una nota bulliciosa de alegría, prestándole el encanto que al añoso roble da la tiernaavecilla que cuelga el nido de sus amores en el rugoso tronco carcomido por el tiempo.

## V

Vivía D. Frutos bien avenido con su pobreza, y si alguna vez la lamentaba, no era ciertamente por cosa que á la comodidad ó regalo de su propia persona condujera. Mas le dolía que la poquedad de sus recursos no le permitiese sostener el mantenimiento de alguna muchacha que ayudase á su sobrina en los quehaceres domésticos.

A ellos atendía ésta con tal esmero, que andaban las cosas en su punto, sin que fuera menester que el viejo recordase á María nada para tener á su hora dispuesta la frugal comida, y limpia la casa como una tacita de plata.

Gozosa la joven cumplía sus cotidianas tareas, y solamente una tenía el privilegio de hacer fruncir su hermoso entrecejo con un movimiento de impaciencia. Esta ocupación era la de conducir el agua hasta su casa, desde una fuente que, bastante lejos de la ciudad, dejaba caer sobre las piedrezuelas del suelo, con blando murmurio, un grueso chorro formado por rica y fresca vena nacida en lo hondo del límpido manantial.

Cada día se le hacía más duro á la joven aquella

ineludible necesidad de acudir á la fuente. Ni aun la compañía de las otras mozas de la ciudad, que de ella salían también por agua, por sufrir todo Segovia tan fatigosa carestía, bastaba á contener su mal humor, que se desataba en quejas contra la pesada tarea. Y si por casualidad tenía precisión de ir completamente sola, aumentábase su malestar, el despecho agitaba con violencia su corazón, hacía la ira relampaguear sus ojos, y ceñuda, seria, irritada, se sentía capaz de arrostrarlo todo por librarse de tan insoportable esclavitud.

## VI

Cierto día de fiesta hallábase María del mejor humor del mundo. Aquella tarde había holgorio y baile en la plaza, y la hermosa doncella se disponía á asistir, cubierta con sus mejores galas, ávida de agitar su cuerpo en el alegre movimiento de la danza.

D. Frutos rezaba sus oraciones, cuando María, hecha un encanto, gentil y bella, vestida ya de su mejor traje, antes de marchar á la plaza, colocó cerca del fuego la frugal cena, medio condimentada para la noche. De pronto la serenidad celeste

de su rostro se enturbió con una nube de pesar; leve sombra, apenas perceptible, que borró la franca sonrisa, apagó el brillo de los ojos y matizó en las rosadas mejillas la pálida huella del desconsuelo. En un ángulo de la cocina estaba el cántaro del agua sin una gota de líquido dentro.

Distraída en su tocado, la joven no había ido á la fuente, y á aquella hora, cuando ya había oído por delante de su casa la bulliciosa algazara de un grupo de sus amigas encaminándose á la plaza, se encontraba con la precisión de llenar el cántaro, si el bueno del sacerdote durante su frugal colación, había de beber siquiera un sorbo de agua. Pero ir en tal momento, exponiéndose á salpicar en el barro del arroyo sus zapatos nuevos y el rojo zagalejo de los días de fiesta... El diablo de la pereza hizo surgir bajo su frente la idea del aplazamiento para el quehacer inoportuno, y disipada su cólera momentánea, después de despedirse con cariño de su tío, salió risueña de la casa, pensando que á la noche tenía tiempo para cumplir con aquella obligación.



## VII

Ninguna tarde fué como en aquélla solicitada por los mozos. Ni un momento de reposo hubo para ella, mientras vibraron en el aire las notas agudas de la dulzaina y las roncadas y graves del tamboril. Satisfaciendo el gusto de su diversión favorita, poseída del delirio del baile, resplandecía de alegría su rostro, sin que la ganase un instante la fatiga, que rendía uno tras otro á cuantos la hacían pareja en el ancho círculo, formado por las mozas y mozos que danzaban felices en la anchurosa plaza, á la vista del apretado gentío, y de las damas y caballeros que desde las ventanas y los balcones con pretilos de madera presenciaban el festejo.

Cuando cayó la tarde y el sol sepultó su ardiente disco en el horizonte, cesó el baile, y espectadores y danzantes, confundidos, abandonaron la plaza, mientras las lenguas de bronce, desde lo alto de las torres de las iglesias, daban al viento, en notas graves, el toque pausado de la oración. Sucedió al bullicio estruendoso silencioso recogimiento, y la muchedumbre, disolviendo el compacto grupo que

formaba, se desparramó por calles y callejuelas, cada cual en busca de su hogar y del descanso necesario para emprender con aliento los trabajos del siguiente día. Sólo entónces fué cuando María, pasada la embriaguez de placer que durante toda la tarde la había dominado, se halló rendida y apenas sin fuerzas más que para, con pasos cortos y andar lento, interrumpido con largas paradas, regresar á su casa llena de cansancio.

## VIII

D. Frutos la recibió afable y sonriente. Gozaba el anciano sacerdote con la honesta alegría de su sobrina, á quien no negaba el solaz propio de la juventud, en aquellos tiempos en que la malicia de los hombres no había convertido en cebo del pecado las expansiones más puras de la vida.

María, satisfecha de la diversión, llevaba con gusto las molestias de su cansancio, y revolviendo en su mente los recuerdos de los placeres disfrutados por la tarde, cambió con perezosa lentitud las pobres preseas de su traje de gala por las aún más humildes de su vestido cotidiano.

Mas cuando entró en la cocina, quedóse de

pronto parada y yerta á la vista del cántaro vacío, que, no obstante su pasividad de objeto inanimado, parecía reconvenirla con su ventruda curva. La doncella asió con cólera el asa de barro, y agitó en vano en el aire la hueca vasija: ni una poca de agua se oyó en el interior, con són que, de haberse producido, le hubiera semejado más armonioso que las notas cristalinas de un salterio.

No había remedio.

Era preciso sobreponerse á todo y marchar á la fuente, que tan lejos estaba, y volver cargada con un peso que, en aquellos momentos, le parecía que había de ser tan grande como el que tendría la santa iglesia Catedral sin faltarle uno sólo de sus sillares.

Llena de ira, sin medio para huir de aquel empeño, cogió el cántaro, lo colocó en la flexible y diminuta cintura, se lanzó á la calle y llegó á las puertas de la ciudad. Era ya muy tarde, y ante su imaginación se presentó el ancho espacio que tenía que atravesar para llegar á la fuente. Ni una estrella lucía en el horizonte y se lanzó hacia adelante entre las sombras forjadas por la negrura de la noche.

## IX

Agrupadas las nubes forman en el cielo la tormenta que manda á la tierra los encendidos rayos con fragoroso estampido. Cuando mayores son los sonoros retumbos del trueno, ábrense los altos manantiales, y recibe el suelo la compacta lluvia que fecunda los campos.

También las tempestades del alma forjan sus rayos y se deshacen en lluvias de lágrimas.

En la soledad de la noche sintió María que la ira encendía como lava ardiente la sangre de sus venas, hasta que el despecho y el encono cedieron lugar en el alterado pecho al desconsuelo que, con lágrimas amargas, se asomó acongojado á los limpios cristales de los ojos.

La joven sintió que sus fatigadas piernas se negaban á sostenerla, y buscó al cansado cuerpo el arrimo de una piedra, sobre la cual se sentó casi desfallecida. Mandábala la noche sus rumores en la triste y desamparada soledad. Oíase junto á la tierra el rápido rastrear de las alimañas nocturnas entre las hojas y hierbezuelas. Un grillo lanzaba al viento la nota aguda de su canto, que en aquel

instante, en lugar de su vivaz tono de alegría, parecía impregnado de tristeza.

Cortos momentos reposó la doncella, que, al alzarse en pie, sintió en su pecho de nuevo tal rabia, que con voz clara y distinta dejó oír estas palabras, traducción exacta de su pensamiento:

—¡Daría mi alma al que me evitase venir todos los días á la aborrecida fuente!

—¡Yo la tomo!—respondió una voz sarcástica y suave.

María, admirada, vió delante de sí un hombre, sin acertar por qué camino había llegado hasta ella. El grillo cesó bruscamente en su canto y se oyeron por todas partes rápidas carreras, alejamiento apresurado de animales que huían.

La joven no advirtió nada de esto, atónita por el asombro.

## X

El hombre que tenía ante sus ojos iba vestido de caballero, y su traje era rico y suntuoso, hasta el punto de que jamás había visto cosa semejante. La estatura alta, noble el ademán, rubio el cabello, pálido el semblante, con palidez lívida que acusaba la huella de un dolor infinito.

Era hermoso, como jamás vió persona alguna; pero aquel semblante tan perfecto producía, sin embargo, una impresión en que la simpatía y la aversión se mezclaban de tal suerte, que, sin acertarse cuál de las dos prevalecía, quedaba el ánimo suspenso, comprendiendo que aquel hombre podía sólo ser objeto de un amor desatinado y ciego, ó de un aborrecimiento profundo, superior á todas las cosas.

Los ojos, grandes y hermosísimos, despedían algo semejante á una luz, que envuelta salía con la mirada. Y la mirada era tan intensa y honda, que en vano pretendió la niña cruzarla con la suya, en que, bajo la sorpresa, se advertía una sensación de espanto.

Aquella mirada subyugaba con su acariciadora expresión, cargada de cuantas pasiones agitan á los hombres en la tierra. El centelleo de la soberbia, el pálido lucir de la avaricia, el chispear ardiente de la lujuria, el brillo furibundo de la ira, el gozoso anhelar de la gula, el lúcido llamear de la envidia, el mortecino fulgor de la pereza, se mezclaban y confundían de tal modo, que no había ojos humanos que pudieran resistir frente á frente, fijos é inmóviles, el hilo de luz de las pupilas, animadas por el fuego y el calor de una lucha interminable.

## XI

—Torna á tu casa, niña, dijo aquel hombre; jamás por agua tendrás que volver á la fuente. Siempre que me llames me hallarás en tu presencia, y recuerda tu palabra, que hace mía tu alma para siempre.

Después de pronunciadas estas palabras, el caballero extendió un brazo y señaló con mano fina y blanca la ciudad, cuyo contorno informe bosquejaba su masa entre la sombra.

Aquel ademán, y el tono de la voz, mezcla de súplica y de mando, produjeron á la joven tal efecto, que inconsciente, aniquilada, sin voluntad, emprendió el regreso hacia Segovia sin pronunciar una sola palabra.

A su lado marchaba el caballero, y lo mismo al atravesar el campo que al cruzar las estrechas callejuelas que á la morada del sacerdote conducían, no encontraron ni una sola persona.

María marchaba entre gozosa y apenada, con sentimiento tan extraño, que no sabía si romper en risas ruidosas que desbordasen la alegría, ó huir con todas sus fuerzas de algo que la poseía y la

producía en momentos dados invencible espanto.

Al llegar á la puerta de la casa advirtió con sorpresa que el cántaro que con su brazo sujetaba á la cintura, no pesaba nada. Estaba completamente vacío, conforme lo había sacado de casa de su tío.

Dejó María el cántaro en el suelo, y sin cruzar su mirada con la del caballero, murmuró angustiada:

—¡Vuelvo sin agua!

Una sonrisa fina y cruel, cargada de suprema ironía, se dibujó en la boca del desconocido, que, sin pronunciar una palabra, alargó la mano y tocó el borde del cántaro.

Instantáneamente se llenó éste, y cuando María, asombrada por el prodigio, y después de humedecer sus dedos en el agua fresca y límpida, alzó la vista, notó que el caballero había desaparecido.

## XII

Pálida y temblorosa vió entrar en su pobre habitación á su sobrina el bueno de D. Frutos. Chocóle lo breve del regreso y, como además advirtiera la turbación y sobresalto de la joven, se levantó apresuradamente del asiento que ocupaba, y pre



guntó con interés qué le había ocurrido en el camino de la fuente. En vano multiplicó sus preguntas, porque María, con frases entrecortadas y monosílabos, rehuyó toda explicación, y el anciano hubo de quedarse sin saber nada.

Puso en seguida la sobrina la mesa, y ante ella se sentaron ambos meditabundos y distraídos con sus pensamientos. El anciano observaba la desganada de su sobrina y se perdía en conjeturas acerca del suceso que á aquélla pudiera mantener tan absorta é intranquila. María pensaba que el caballero que la había acompañado debía de ser persona principal y de gran valimiento que, quizá encendido por ella en amores, había requerido su voluntad de una manera extraña, desacostumbrada de los mozos de humilde condición que hasta entonces la habían perseguido con afectuosas declaraciones. En realidad no acertaba á darse cuenta de la clase de compromiso que con tan gallardo mancebo la ligaba; pero las dudas que le asaltaban acerca del alcance de aquella singular relación con el desconocido, ponían espanto en su corazón, que se oprimía con desconsuelo á nada comparable. Y cuando recordaba el maravilloso modo de llenar de agua su cántaro, llegaba el terror á sus últimos límites, presintiendo la intervención de algo insondable y

tredendo que la hacía no mirar su aventura como natural y sencilla, sino como entrada en su existencia de cosas inusitadas, cuyo concepto no acertaba su pobre razón á descifrar, pero que la producían sensación semejante á la del viajero extraviado que, en noche oscura, atraviesa un sendero que sabe está bordeado de abismos. En tanto, y maquinalmente, llevaba á su boca algunos bocados, seguida por la mirada inquieta é interrogadora del sacerdote. Cuando vió que éste se servía agua en pobre vaso de barro, estuvo tentada de gritarle que no bebiera, como si el claro líquido llevara disuelto en sus cristales sutil veneno. Detúvola el temor de una confesión explícita de lo ocurrido, y siguió con ansia el movimiento ascendente del vaso, elevado desde la mesa, por la mano del anciano, hasta la boca.

Apenas probó D. Frutos el líquido, apartó sus labios con repugnancia y extrañeza, y fijando su mirada en María, dijo con voz alterada:

—¿Qué tiene este agua? Huele á azufre, y amarga como la hiel.

María dió un grito, revelador de la angustia que la poseía, desbordóse el llanto por sus mejillas, y lívida y dolorida, se arrodilló, murmurando frases de perdón á los pies del sacerdote.

## XIII

Atónito oyó D. Frutos la relación que hizo María de su singular aventura. Cuando refirió el extraño modo de llenar el cántaro, sólo con tocarle con la mano, se angustió repetidas veces, comprendiendo la clase de enemigo con quien tenía que haberse-las. María creyó morir de miedo cuando el sacerdote la hizo saber los resultados de su imprudencia y el gran peligro que corría su alma por haberla dejado seguir la pendiente del pecado. Falta capital es la ira, y el astuto enemigo del linaje humano había sabido aprovecharse de la de la joven para apoderarse, por medio de un contrato, de una criatura que había sido siempre rebelde á sus persecuciones, por más que contra ella una y otra vez se había encarnizado, procurando seducirla por medio de pasiones á que jamás diera cabida el corazón cristiano de la niña.

Gran temor y susto se apoderó también del sacerdote; pero hombre de edad madura, fortalecido por la fe y las prácticas de la virtud, acostumbrado á disputar al diablo las almas de los extraviados y asidos por las redes del vicio, se aprestó

á la batalla con extraordinario aliento. Tras largo examen de la situación en que se hallaba, combinó su plan, y, sin ambages ni rodeos, ratificó á su sobrina en su creencia de que el caballero desconocido no era otro que el propio Satanás en persona. En seguida hizo á María que parase el reloj que en la habitación había y con su lento tic-tac marcaba la marcha del tiempo, y disponiéndose á afrontar la vista del eterno enemigo del hombre, se arrodilló y se entregó de lleno y con todo el fervor de su espíritu á la oración, en tanto que María lloraba silenciosamente en un ángulo de la habitación. No se oía en ésta más que alguna acongojada queja de la joven y el susurro de los labios del sacerdote; así pasaron algunas horas, hasta que D. Frutos creyó llegado el momento de realizar sus propósitos.

Entonces dijo á María que llamase al desconocido, previniéndole de antemano que, apenas estuviese en su presencia, le dejase á solas con él.

—¡Ven!—murmuró la joven, concentrando toda voluntad en esta sola palabra; y en el mismo instante, sin que pudiera comprenderse por dónde había penetrado en la estancia, apareció el caballero con su brillante traje y luciendo en sus ojos insolente mirada de triunfo. María, sobrecogida

de espanto, huyó á una habitación inmediata, donde quiso seguirla el aparecido; pero con rápido movimiento se colocó D. Frutos delante de la puerta, haciendo con los dedos de la mano derecha la señal de la cruz. A la vista del signo de redención, una contracción espantosa corrió por el cuerpo del diablo; una expresión de dolor y aborrecimiento infinitos se pintó en su mirada, y quedó fijo y encorvado delante del sacerdote, como sufriendo ante el anciano, sereno y majestuoso, los tormentos todos del infierno.

#### XIV

—¡Quita esa señal! dijo el diablo con voz ronca, llena de rabia y desesperación inmensas.

—Lo haré si prometes no marcharte, dijo el sacerdote.

—Yo lo prometo, repuso el diablo.

El anciano separó los dedos, y el diablo se irguió, mostrándose libre del tormento que le acosaba, pero quedando en actitud entre fiera y recelosa, como león que ha sentido en su amarilla piel la candente huella del hierro del domador.

—Has sorprendido á una joven incauta, dijo don Frutos.

—Sorprender al hombre forma la trama de mi existencia, respondió el diablo.

—Tu contrato no es válido; María no tiene edad para administrar su hacienda, y hacienda suya, la única que tiene, es su alma.

—Son esas leyes humanas que nada tienen que ver conmigo, dijo Satanás con voz gozosa; tiene discernimiento para pecar, y su pecado la hace mía.

El sacerdote se estremeció, derrotado en su primer línea de combate.

—María no sabe bien á lo que se ha comprometido; su promesa fué inconsciente.

—Pero subsiste, porque yo la acepté en el acto.

—Está arrepentida y la niega, dijo el sacerdote, que comenzaba á aturrullarse.

—Si la niega, miente; al mentir peca, y al pecar me pertenece.

D. Frutos, derrotado por segunda vez ante el invencible razonamiento de Satanás, guardó silencio. Comprendió que el diablo no tenía en balde su fama de saber mucho, y que difícilmente arrancaría de entre sus garras el alma de su desdichada sobrina. Entonces pensó apelar al último extremo á que no imaginó tan pronto verse reducido. El amor á María y su caridad sin límites le había

sugerido la idea de arriesgar su alma propia para salvar la de aquélla.

—Puedes estar orgulloso de tu triunfo, dijo con ironía al diablo; adquirir un alma cándida y pura por una cosa tan baladí como la de proporcionar diariamente agua.

—No es poco para quien tanto lo deseaba.

—Desearlo, también yo, dijo el sacerdote poniendo la cara más inocente del mundo, juzgando que era gran mérito engañar al mismísimo demonio.

—Pues ya ves por dónde logras lo que anhelas sin costarte nada.

—Yo no hubiera sido tan tonto como María, dijo D. Frutos con aire de suficiencia, que llenó de alegría á Satanás, porque tenía visos de orgullo; yo hubiera pedido mucho más; tanto quizá, que no hubieras podido dármelo.

—Nada hay para mí imposible, dijo Satanás; haz la prueba, y te convencerás.

—Tan cierto estoy de lo que digo, repuso don Frutos, que hasta mi alma te daría si hicieras lo que te había de pedir.

—¡Habla! dijo Satanás, que necesitó toda su voluntad para cubrir su gozo.

Siempre había considerado al sacerdote como

fortaleza inexpugnable. Su sólida piedad le ponía al abrigo de sus asechanzas, y al verle casi entre sus manos, una alegría frenética inundaba su ser, que jamás contó con tan buena presa.

El sacerdote tembló, porque había llegado al punto más terrible de su arriesgado propósito.

## XV

—Te doy mi alma, dijo D. Frutos con voz serena, si haces lo que he de pedirte; pero á condición de que si no cumples, quedará también libre el alma de María.

—¡Sea! dijo el diablo, que, á trueque de lograr la condenación del sacerdote, exponía con gusto la ya asegurada de la joven.

—Yo no quiero sólo agua para mí, prosiguió don Frutos; necesito que la traigas para todos los habitantes de Segovia.

—Aun cuando pides mucho, lo haré. Los segovianos tendrán agua mientras vivas.

—No me basta.

—La tendrán hasta cincuenta años después de tu muerte.

—Es poco.



— Un siglo.

— Es poco.

— Veinte siglos.

— Es muy poco.

— ¿Cuánto tiempo quieres? dijo Satanás con rabia.

— Mientras exista el mundo.

— ¡La tendrán! rugió el diablo con ira.

— Pero el agua que has traído no se puede beber. Necesito que sea pura y cristalina.

El diablo se retorció en un espasmo de furia.

— El agua que yo hago sabe como la que ya has probado.

— ¿Ves cómo no tienes poder para complacerme? Yo quiero que los de Segovia beban en sus casas el agua de la sierra, sabrosa y rica como la mejor del mundo.

La duda que de su poder había hecho D. Frutos, pintó en el rostro del diablo la expresión de una soberbia infinita; aquella soberbia que un día, en los azules alcázares del cielo, le hizo rebelarse contra Dios.

— ¡La traeré! dijo con supremo arranque, en que el orgullo tomaba tanta parte como el desdén.

— Pero ha de ser esta noche, dijo el sacerdote. Desde mañana han de comenzar los moradores de

la ciudad á satisfacer su sed con el agua que manan los abundosos manantiales de la sierra.

—Hasta el mismo valle vendrán encauzadas por mi mano, dijo el diablo con alguna vacilación, midiendo lo enorme del compromiso.

—No me basta, continuó implacable el sacerdote; necesito que lleguen á la parte más alta de la ciudad.

—Tendría que construir un puente por donde corriese la onda líquida, y esa es obra de mucho tiempo.

—¿No decías que todo lo podías? preguntó el anciano con tono tan burlesco de sarcástica compasión, que el diablo se arrojó al suelo desesperado y lleno de rabia, retorciendo su cuerpo como el de un reptil.

—Lo haré, exclamó iracundo; dentro de un año estará hecho.

—Es plazo muy largo.

—¡Un mes!...

—Es mucho; ha de ser esta noche.

—¡No puedo! bramó Satanás arrastrándose por el suelo.

—Pues te quedarás sin nuestras almas.

Una convulsión espantosa agitó el cuerpo del diablo, que con terrible movimiento se puso en pie.

—Aguarda, dijo con voz ronca; no cantes triunfo todavía. ¿Qué hora es?

El anciano señaló con dedo tembloroso la esfera de un reloj parado, cuyas manecillas marcaban una hora en más de tres atrasada.

El diablo fijó en la esfera su mirada y meditó algunos instantes.

—¡Tengo tiempo! dijo de pronto con grito lleno de horrenda alegría.

El sacerdote, estremecido de angustia y aterrado por el funesto placer del demonio, dijo con voz trémula:

—Si el puente que vas á construir para el agua no está concluido, sin que le falte una sola piedra, al salir el sol de mañana, no tendrás derecho ni á mi alma ni á la de María.

—¡Dicho está! respondió el diablo.

Un momento después, D. Frutos y su sobrina caían de rodillas, orando con todo el fervor de sus corazones para que Dios les sacase con bien de tan tremendo trance, y el diablo salía de la casa dispuesto á emprender su prodigiosa tarea.

## XVII

La noche continuaba oscura y lóbrega, sin que una estrella rompiese con su luz la negrura del cielo. Rápido como una exhalación cruzó el diablo las callejas que á las afueras de la ciudad conducían, y en un momento se encontró en el campo. Una vez allí, dirigió una mirada escrutadora y profunda hacia la sierra, y por tres veces hirió con la planta el suelo, produciendo un ruido sordo que propagó el aire en sus ondulantes giros y la tierra con mugiente retemblar. En las quiebras de las peñas y en las oquedades de las cavernas repercutió el estrépito de los tres golpes, hasta que, apagándose por grados, se extinguió completamente.

Viéronse entonces aquí, allá, cerca, lejos, por todas partes, surgir obreros de espantoso aspecto, negros, movibles, inquietos, provistos de instrumentos de formas extrañas, acercándose al sitio donde se hallaba Satanás para recibir sus órdenes. Las rocas estremecidas se agitaban, ondulaban su áspera superficie, modelaban la forma de un hombre que, esperezándose, se alzaba para unirse á los demás. Los troncos de los árboles se

retorcían, y abortaban obreros de siniestra catadura. De entre los surcos de la tierra brotaban soldados del infernal ejército, que en compacta legión se agrupó sumiso en torno de su capitán. Aquella muchedumbre se alumbraba con la luz fosforescente de sus propios ojos, que producían un resplandor lúcido, repetido en millares de pupilas.

Lanzó Satanás orgullosa mirada á sus súbditos, y satisfecho del examen comenzó sus órdenes, que se cumplían con febril actividad. Aquellas órdenes no se traducían en palabras; eran signos imperiosos, ademanes mudos, movimientos súbitos que la muchedumbre comprendía en el acto y obedecía ciegamente. En dirección á la Sierra formóse largo cordón de obreros, extendido hormiguero que trabajaba con furia, abriendo en el suelo hondo cauce, sin que fuesen obstáculo á su tarea los inconvenientes que surgían. Saltaba la tierra amontonándose á los lados de la abierta zanja, y volaban en pedazos los fragmentos de las rocas que al camino se oponían, heridas por los duros instrumentos.

Corría Satanás de un lado á otro con tan voladora actividad, que siempre aparecía allí donde mayor esfuerzo se necesitaba, y la negra legión no podía darse momento de descanso. Al chispear de las pupilas, el trabajo de los abortados del infierno

producía un horroroso espectáculo, con el movimiento desordenado de los instrumentos sin nombre y el jadear rabioso del enjambre, azotado por la mirada colérica de Satanás, mostrando los puños convulsivos asiendo con ira los aperos, y los negros torsos humeantes y sudorosos.

Una hora nada más había transcurrido desde el comienzo de la obra, y entre Segovia y la Sierra se hallaba concluído el cauce que de lecho había de servir á las aguas. Precipitáronse éstas con estruendo desde la montaña; corrieron atropelladas avanzando sin cesar con rapidez creciente sus ondas cubiertas de espuma y fueron al cabo á reunir su caudal en los confines mismos de la ciudad, con las que, formando el Eresma, bañaban los torreados muros. Se hallaba cumplida la primera parte de la tarea, en la cual, y con objeto de adelantarla lo más posible, había empleado el diablo toda su gente. Mas en lugar de brillar la satisfacción en su semblante con llameante alegría, reunió en su torno á los obreros con faz ceñuda, disponiéndose á ejecutar el digno coronamiento de su empeño, que había de llevar á la mansión de los réprobos almas que en tanto estimaba.

Satanás observaba con inquietud el cielo, cuya oscuridad parecía comenzar á querer desvanecerse.

No juzgaba tan adelantada la noche, y conocía con rabia que las horas le faltaban, sin acertar á explicarse la causa. Por eso, henchido de desesperación, se propuso redoblar sus esfuerzos, y se dirigió á su hueste con ademán tan terrible y violento, que un rumor de angustia y terror corrió entre la espantada turba de diabólicos obreros.

### XVIII

Medida con la vista la distancia entre el sitio donde corrían las aguas y el más alto de la ciudad, hizo el diablo enérgico ademán, á cuya vista se hundieron en el suelo millares de instrumentos, asidos por manos convulsas. Satanás pareció infiltrar en la multitud su delirante ansia de trabajo, y con afán mayor aún del empleado en la traída del agua, comenzó la fantástica legión su tarea.

Era preciso reunir material para la obra, y el diablo observó con gozo que una cantera situada en el valle podía suministrarle; aquel descubrimiento le llenó de alegría, porque le permitía ganar tiempo, del que se encontraba falta, según las señales, que marcaban que estaba ya muy adelantada la noche.

Arrancadas las rocas á la tierra en bloques enormes, comenzaron los obreros á labrarlas, dejándolas de tamaño adecuado á su objeto. Fué su tendencia hacerlas todas iguales, y para ello tomaron sus medidas. En aquel momento un alborago se dibujó en los confines del horizonte, preludio de indecisa claridad que comenzaba á luchar con las espesas tinieblas de la noche. Satanás lanzó un rugido, y por medio de furiosos ademanes hizo comprender á su gente que ni aun dentro de la maravillosa construcción en que se hallaban empleados, podían seguir las leyes más usuales de los artífices humanos. Era preciso á toda costa no perder ni un solo minuto, y las piedras fueron distintas unas de otras, según disponía el azar del momento, divididas con prisa por seres frenéticos, que ni aun con su imponderable prisa daban gusto á su señor, cada vez más agitado á la vista de la luz matinal que por las alturas de la Sierra comenzaba á ostentar sus brillantes colores de ópalo y grana. No reinaban ya las espesas sombras cuando las piedras agrupadas unas sobre otras comenzaron á formar los pilares y los arcos. De pronto notó Satanás que la línea seguida por éstos no era la verdadera, y por medio de una señal hizo suspender por un momento la tarea. El ejército de obre-



ros quedó fijo y absorto contemplando á su jefe, que por sí mismo iba á ayudarles en su trabajo. El diablo se dirigió á una columna, agigantó su propia figura, que tomó las proporciones de un coloso, y con mano poderosa desvió las piedras, dobló el pilar como si fuera blanda cera, y trazó la serie de arcos por construir la nueva línea que había de seguir. Rompió la legión su silencio á la vista del imponderable esfuerzo hecho por Satanás, y ebria de entusiasmo lanzó un clamor prolongado, expresión de su regocijo, produciendo horrenda algarrabía, mezcla del grito de triunfo y del aullido, inexplicable confusión de voces y sonos, como jamás transmitiera en sus ondas el aire que corre sobre la superficie de la tierra.

Ya la luz matinal bañaba el ancho valle, cuando con mayor prisa comenzaron á formar los pilares y arcos que restaban para cubrir la obra. El aspecto de los en ella ocupados resultaba más temeroso y horrible á la luz del día, que el fatídico fulgor de las encendidas pupilas. Veíanse con claridad los siniestros aspectos de aquellos seres, adoptando posiciones imposibles, confusos y revueltos, enracimándose hacia lo alto en espantoso grupo, subiendo las piedras de mano en mano, asiéndolas por las oquedades que en ellas produ-

cían con fuerte presión los dedos de Satanás, cada vez más irritado y fiero, al ver desparramada á cada momento con mayor intensidad la luz alegre de la mañana. El ruido era horrísono, como si cien tempestades se desencadenasen con fragor sobre el mundo.

Por el lado de la Sierra se teñía el cielo de rosa, con ardiente explosión de colores, anuncio de la próxima salida del sol, cuando ya el puente, casi terminado, condujo las aguas murmurantes á la parte más alta de la ciudad.

El gigantesco puente estaba casi conc'uído; sólo faltaba colocar una piedra en su sitio, en la parte más elevada, cuando el sol asomó el borde de su brillante disco por encima de la Sierra. Un hilo de luz, como flecha de oro, cruzó el espacio y vino á herir el acueducto antes de que Satanás mismo, alzado en los negros hombros de sus obreros, tuviera tiempo de colocar la última piedra. Desplomóse desde lo alto con tremendo alarido de rabia al ver su vencimiento; grito de angustia inmenso, como el que lanzara cuando, vencido por la espada flamígera del arcángel, fué lanzado del cielo á los horrores eternos del infierno. Al tocar en el suelo desvaneciése como humo su figura, y con él desaparecieron sus condenados secuaces, dejando en

---

pie la obra portentosa sobre la cual con dulcísimo murmurio corría el agua fecunda, nacida en los manantiales de la apartada sierra: en lugar del estruendo que un momento antes ensordeciera los espacios, sólo se oían, como notas de plata, los rumores del claro cristal, himno de alegría por el vencimiento del demonio.

### XVIII

Los segovianos, aquella noche, habían permanecido despiertos en sus lechos, aterrados por el espantoso fragor que, fuera de sus casas, oían sonar con pavorosos retumbos. Azorados é inquietos por el insólito ruido, ni acertaban á dar con la causa, ni se atrevieron á investigarla lanzándose á las calles. Alguno que, lleno de temor, tuvo sin embargo aliento para entreabrir la ventana, procurando atisbar lo que ocurría, volvió á cerrarla, haciéndose cruces al presenciar el extraordinario espectáculo que las diabólicas masas producían.

Los que al rayar el alba acostumbraban á abandonar sus hogares para dedicarse á sus habituales tareas, oyendo sin cesar el tremendo estrépito,

permanecieron encerrados, juzgando que el mundo había llegado al último día de su existencia.

Sólo cuando el sol hacía largo tiempo que con sus dorados rayos inundaba la ciudad y el ruido había cesado por completo, osaron algunos aventurarse á salir. Su asombro al contemplar los arrogantes arcos del acueducto, no tuvo límites, y en breve se hallaba la población entera reunida en el Azoguejo, comentando el hecho prodigioso á que sólo podían dar asentimiento abarcando con sus ojos atónitos la maravillosa construcción y palpan-do con sus manos los fuertes pilares.

Entonces fué cuando, llenos de gozo, don Frutos y su sobrina dieron con fuertes voces á sus vecinos la clave del misterio. María, arrepentida de su pecado, mostrábase dispuesta firmemente á no correr jamás el riesgo de perder su alma, y su tío, lleno de unción, explicaba cómo Dios acoge en todas ocasiones las súplicas de los que á Él recurren, y cómo el alma cristiana, armada con la oración, vence siempre las arterías del demonio.

## XIX

Este es el verdadero origen del acueducto de Segovia. Si lo dudáis, observad la piedra que en él falta y que jamás ha podido ser colocada; ved la vuelta que sus arcos forman para dirigirse á la parte más alta de la ciudad, y que requiere un esfuerzo más que humano; mirad todavía en cada una de las piedras las huellas que en ellas dejaron los abrasados dedos de Satanás...

Entonces tendréis el convencimiento de la verdad de mi relación, y adquiriréis la certidumbre de que el acueducto, que ya cuenta tantos siglos de existencia, subsistirá en pie, según la promesa del diablo, hasta la consumación de las edades, en la última noche del mundo.





## VI

### EL AZOGUEJO

**L**A parte más alta del acueducto asienta sus fuertes pilares en la plaza denominada del Azoguejo. Merece este sitio que le consagremos algunas palabras.

Refiere Miguel de Cervantes en el cap. III, parte primera de su portentoso libro, que cuando don Quijote de la Mancha quiso armarse caballero, y puesto de hinojos ante el ventero en la caballeriza de la venta, que él juzgaba castillo, le rogó que cumpliera su deseo, para poder recorrer el mundo

buscando aventuras, en pro de los menesterosos, el ventero, que era algo socarrón, «por tener que reír un poco aquella noche, determinó de seguirle el humor;» y aprobó su pensamiento, diciéndole que «él asimismo en los años de su mocedad, se había dado á aquel honroso ejercicio; andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, *Azoguejo de Segovia*, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando algunos pupilos, y finalmente, dándose á conocer por cuantas Audiencias y tribunales hay en casi toda España.»

En el mapa picaresco que con gracia inimitable traza la fecunda mano del manco de Lepanto, hombre á quien las desgracias de su vida llevaron á tratar toda clase de gentes, desde los Príncipes de la Iglesia hasta los compañeros del bárbaro y disforme Monipodio, ocupa un puesto, como vemos, la plaza del Azoguejo.

La inclusión era justa y adecuada. Segovia, ciu-



dad importante y fabril, hervía, como gran capital, en gente de diferentes linajes y condiciones. Extramuros de la ciudad el Azoguejo, y habitado por gente pobre y jornalera, natural era que en la plaza que al desemboque de las callejas del barrio se formaba, se reuniese la gente curiosa y maleante, alguna de la cual tenía de bienaventurada la de padecer persecución por la justicia. Los telares se contaban por miles, y los del oficio, á la sazón lucido y floreciente, habían de ser por fuerza gente levantisca y de empuje, que con sus dichos, animación y ruido habían de prestar movimiento extraordinario á la plaza del Azoguejo, centro de sus reuniones, universidad de sus dichos y donaires, y escuela de sus proezas. De este carácter distintivo de los obreros de Segovia da también muestras Cervantes al hablar del manteamiento de Sancho. «Nueve fueron las personas que al buen escudero hicieron dar volteretas por el aire, y de ellos había cuatro perales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la Heria de Sevilla.» Por donde se ve que si los hampones de Sevilla y los fabricantes de agujas de Córdoba eran gentes capaces de buscar entretenimiento á costa de cualquiera, no les iban en zaga los que en Segovia cardaban los paños.

Que eran mozos de temple, lo indica claramente

Cervantes cuando dice que, después que Sancho salió de la venta, tan turbado que ni aun echó de menos las alforjas, el ventero, temeroso, quiso atrancar bien la puerta; «mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque D. Quijote fuera de los verdaderamente caballeros andantes de la Tabla Redonda no lo estimaran en dos arditos.» Calcúlese lo que sería la plaza del Azoguejo con mancebos tan denodados y resueltos, y su reunión en una ciudad que en aquel ramo de la industria marchaba á la cabeza de todas las demás del reino.

Con la decadencia de la fabricación de paños vino también la ruina y desfallecimiento de la ciudad, como cuerpo robusto que siente írsele la sangre de las venas. Y allá fueron el estruendo y la animación, el continuo vocerío, las riñas y el ensordecedor tráfico de palabras y pasiones, que por tantos años resonaron en aquel sitio, estrellando sus mil confusos rumores en los arcos del acueducto.

Hoy la plaza del Azoguejo es sombra apenas de lo que fué. Todavía conserva, como reliquia del pasado, el ser el punto de reunión en donde el aficionado á observar las costumbres populares puede aún estudiar los rasgos típicos, ya semiborrados, del labriego castellano.

Los comerciantes al pormenor, el exhibidor del titirimundi ó de los pájaros amaestrados, el acróbata callejero, prefieren á la plaza principal y á ningún otro sitio de Segovia este paraje, testigo de sus antiguas glorias. En corrillos animados se ven charlar, después de dejar sus carros y caballerías en las posadas de la vecina calle de San Francisco, á los habitantes de los pueblos cercanos. Mas todo pasa, se borra, se pierde... Cuesta ya trabajo el encontrar en toda su clásica pureza, no ya al antiguo obrero segoviano, completamente perdido en el transcurso de los tiempos, sino hasta el tipo del verdadero labriego castellano. Hasta el traje va perdiendo de día en día sus más característicos pormenores.

La blusa ha penetrado por todas partes y desterrado la chaqueta, como sombreros de extrañas y nuevas formas van sustituyendo al clásico y monumental, típico y característico, que siempre usarán. El ferrocarril y el telégrafo restan las distancias, y lo genuino desaparece con extraordinaria rapidez. Pintores de costumbres, ¡apresuráos á trazar vuestros cuadros antes que los contornos, hoy ya vagos y confusos, acaben por perderse en teramente!





## VII

### UN CANTOR DEL AGUEDUCTO

**E**N el año de 1837 ejercía el cargo de Jefe político de Segovia un joven de veintiséis años que, entusiasta admirador del arte, dedicó al acueducto bellísima poesía en que campea la inspiración y buen gusto que eran dotes peculiares de su privilegiada inteligencia. †

Aquel joven, más tarde subsecretario, embajador, ministro, académico, se llamaba D. Nicomedes Pastor Díaz. Su nombre excusa todo encomio, y vale tanto como decir gran polemista, orador elo-

cuentísimo y profundo, escritor insigne y de indiscutible mérito.

A continuación se inserta la composición del gran escritor. Imposible hallar mejor remate al presente libro. Los que hayan leído mi pobre prosa, hallarán compensación á su fatiga en las hermosas páginas de Pastor Díaz.

El que estas líneas escribe ha seguido, al incluirlas en su obra, el sistema, hoy en uso, de engarzar las piedras preciosas en los metales más comunes y vulgares.





## VIII

### EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

Cuando sumido en tinieblas  
sus párpados cierra el mundo,  
y en paz los pueblos remedan  
la calma de los sepulcros;

Cuando en mi frente clavados  
no están ojos importunos,  
y puede elevarse al cielo  
sin apariencias de orgullo ;

Cuando no sigue mis pasos  
mirada necia del vulgo,  
que acechar pretende en ellos  
un fin á mí mismo oculto;

Cuando me es dado dar suelta  
esde del seno en que los hundo,  
á los suspiros que ahogo  
con las lágrimas que enjugo;

Cuando turbias las estrellas  
prestan su brillo confuso,  
y por parecer más solos  
no da sombra cuerpo alguno;

Ó la luna en el ocaso  
su disco menguado y mustio  
esconde, y blanquea el cielo  
un reflejo del crepúsculo;

Place á mi dolor, entonces,  
abrigarse taciturno  
de la colosal arcada  
de ese gigante acueducto.

Pláceme, inciertos los pasos,  
al pie de su inmenso muro  
deslizar encapotado,  
como fantástico bulto.



---

Ó allá á su extremo, sentado,  
mirar sobre el fondo oscuro  
de una población dormida,  
y de un horizonte turbio,

Cómo en las nubes descuellan  
en festonado dibujo,  
ligeros los mismos arcos,  
que sobre el suelo robustos,

Con veinte siglos de peso  
quieren aplastar al mundo...  
Padrón de antiguas edades,  
de nuevas Eras preludeo.

Entonces sobre su mole  
y sobre su edad me subo,  
y de la tierra elevado,  
cual leve vapor nocturno,

De otros tiempos y otros hombres  
razas y pueblos descubro.  
Acalla entonces mi pecho  
sus suspiros importunos,

Ó sorda el agua mugiendo  
los confunde en su murmullo;  
que el rumor que por la bóveda  
hace el raudal en tumulto,

Sobresaliendo á compás  
en el silencio profundo,  
parece el resuello eterno  
de un pueblo entero difunto,

De una raza de gigantes  
dormida en aquel sepulcro...  
Y cercado de tinieblas  
como el monumento augusto,

Alzando bronco mi acento  
sobre su acento confuso,  
estrellando entre sus arcos  
mi voz, creyendo en mi orgullo,

Que de su sueño de piedra  
la inmoble paz interrumpo,  
á solas con el coloso  
le interrogo y le conjuro.

Obra gigante de gigante raza,  
portento de la tierra y de los hombres,  
que por más noble, inmemorial los nombres  
de tu artífice ignoras, y tu edad.

Rúbrica colosal, que un pueblo eterno  
estampó con su planta soberana,  
arco del triunfo que en su audacia insana  
sobre el Tiempo alcanzó la Humanidad.

Puros en vano de tu horadada cumbre  
los raudales benéficos deslizas,  
que en la antigua ciudad que inmortalizas,  
vierten vida á torrentes, y frescor.

De ese raudal, los hombres al nombrarle,  
cual si por él no fueras, se olvidaron,  
y *Puente* un siglo y otro te llamaron,  
¡*Puente* no más!... tu pueblo admirador.

Que un puente fué la colosal empresa  
del que asentó robusto tu cimiento:  
puente só el cual pasara turbulento  
de mil generaciones ancho el mar.

Puente sobre el abismo de los tiempos  
por la mano del hombre suspendido,  
que á un porvenir podrá desconocido  
un pasado recóndito enlazar.

Viera la tierra ya los anchos ríos,  
aún de inmenso diluvio rebramando,  
en cauce estrecho, á su pesar, entrando,  
del hombre al yugo su torrente uncir.

Y á esos seres de un día, triunfadores  
viera ya de las olas y los vientos,  
al Océano mismo en sus cimientos  
con cadenas de diques reprimir.

Ya el Éufrates y el Tigris domeñados  
sufrieran de Babel torres y puentes;  
só altas moles doblaban reverentes  
Tajo y Danubio la vencida sien.

«Raudos empero más, un pueblo dijo,  
»y en su ciego rodar devastadores,  
»del hombre mismo corren los furores...  
»¡Yo sobre ellos un puente haré también!

»Y sobre las oleadas de otros pueblos,  
»y sobre sus torrentes y avenidas,  
»probemos en cien arcos esculpidas  
»las huellas á estampar de nuestros pies.

»Y que pasen las razas venideras  
»bajo el trofeo que su frente abrumba,  
»sin dejar, ni las manchas de la espuma  
»que salpiquen en él dando al través.

»Y por diadema de su sien altiva  
»que perenne y fugaz orle su frente,  
»raudal fecundo que los siglos cuente,  
»cual péndola inmortal de ese reló.

»Y que al compás de su mudanza eterna  
»su duración robusta se acrisole.»

—Dijo; y alzando tu soberbia mole...  
A un tiempo río y puente construyó.

Y tus gigantes arcos se extendieron,  
y en su cima las aguas resbalaron,  
y los siglos vinieron, y estrellaron  
en tus pilares su rugir feroz.

Y tú, en silencio, inmoble los miraste,  
bajo tus plantas humillar su orgullo:  
pasar, y de tus aguas el murmullo  
ahogar solemne su soberbia voz.

¿Quién sabe lo que viste de esa altura?

¿Quién leerá los anales de tu historia?

¿Quién pudiera á su frente la memoria  
de esa frente maciza trasladar?

¿Quién sabe si á los hijos del Oriente,  
poblando estas incógnitas orillas,  
de Nínive y Babel las maravillas  
plugo en imagen noble reflejar?

¿Quién, si de ilustre sociedad perdida  
allá en la noche de los siglos densa,  
tus grandes restos, y de ciencia inmensa,  
y de un arte magnífico serán?

¿Ó si en bárbara edad animó el cielo,  
con poderosa animación altiva,  
el brazo de esa raza primitiva  
que sólo el nombre nos dejó de Hispán?

¿Quién nos dirá si el águila de Roma  
humilló á tu grandeza su arrogancia?

¿Si acaso, asoladoras de Numancia,  
acampó sus legiones á tus pies?

¿Ó si Viriato y su indomable hueste  
cayendo de los cerros carpetanos,  
en tu bóveda osó de sus tiranos  
colgar en triunfo el arrancado arnés?

Si te hallaron ya en pie, ¿qué te dijeron  
de la ciudad eterna los señores?...

Que envidiosos de ser tus fundadores,  
cual hijo te adoptaban imperial.

Y dejaron dudando á las edades  
si ellos sellaron con tu planta el suelo,  
ó si fuiste más noble, alto modelo  
á su familia de obras colosal...

Y más tarde, de pueblos la marea,  
que á renovar la humanidad esclava  
al Austro el Norte vengador lanzaba,  
desbordando en inmensa inundación,

Paró á tus piés, y el genio de sus triunfos  
señaló á su furor otro camino,  
porque, instrumento del furor divino,  
no leyó sobre ti su maldición.

En reflujo espantoso el Mediodía  
revolvió sus falanges y escuadrones,  
y viste desplegar sus pabellones  
á tu sombra á los hijos de Ismael.

Mas al probar su alfanje en tus pilares,  
de la sed del desierto se acordaron,  
y ese raudal benéfico adoraron,  
á quien sirves de altar y de dosel.

¡Cuántos después, sangrientos y feroces,  
cuántos pueblos cobardes ó livianos;  
cuántos gigantes... á tus pies, enanos,  
estrelló imbécil una y otra edad!

¡Cuánto acento y rumor, gritos é idiomas  
asordaron la voz de tu murmullo!...  
¡Hoy sobre los sepulcros de su orgullo  
sólo anima tu voz la soledad!...

¡Sola tu voz quedó de tantas voces...  
y sólo tú de tantos monumentos  
que el humano furor, con sus cimientos,  
ó el brazo del Eterno niveló.

Y al terremoto que aplastó los montes  
sobre las huellas de Babel borradas,  
sobre Tiro y Tadmur desamparadas,  
tu pedestal sencillo no tembló.

Sopló la ira de Dios... y torres, muros,  
plazas y circos, pórticos y altares,  
alcázares, castillos y alminares  
dobláronse, cual cañas, á un vaivén.

¡Ni defendió sus santos mausoleos  
la muerte misma en su recinto helado;  
ni quiso Dios del surco del arado  
libertar su santuario de Salén!

Pero... ¡á ti, sí... que el agua de los cielos  
viertes fecunda en la mansión del hombre;  
é igualas, sin curar de raza y nombre,  
al rico y pobre en tu precioso dón.

A ti plugo al Señor en su venganza  
olvidar cual recóndito tesoro...  
Eterna Providencia, ¡yo te adoro!..-  
tú eres, obra gigante, su padrón.



Tú estás ahí para ensalzar su nombre,  
tú estás ahí para cantar su gloria,  
tú estás ahí para vengar la historia,  
y proclamar severa una verdad.

Tú ahí quedaste á revelar al mundo  
lo que los hombres de otro tiempo eran,  
y á confundir los hombres que quisieran  
ostentar hoy su estéril vanidad.

Que decirles te es dado: — «Raza imbécil,  
»Gárrula eleva efímeros escombros,  
»nunca más que á la altura de tus hombros,  
»nunca más que á tu rápido vivir.

»Y sin fe el corazón, sin cielo el alma,  
»tímido y bajo de tu mente el vuelo,  
»sólo á arrastrarte raudo por el suelo  
»el humo de tu ciencia haces servir.

»Do es nada el corazón, muerte se crea,  
»y polvo cuando es polvo el pensamiento:  
»quien elevó á las nubes mi portento,  
»su espíritu elevaba más allá.

»Y era más que un mortal el sér gigante  
»que en el mundo, tan grandes y tan bellas,  
»pudo estampar las portentosas huellas  
»que pie de otro mortal no borrará.»

No, no las borraré; podrá insultante  
á esos siglos llamar bárbaros, fieros;  
y esos siglos, en pie, verán severos  
más que tu agua, su acento huir veloz.

Y de lo alto verán de esos pilares  
disiparse á sus pies su vano orgullo,  
pasar, y de tus aguas el murmullo  
ahogar solemne su blasfema voz.

¡Ayl... pasaremos, sí: de nuestra nada,  
¿qué podremos dejar á nuestros nietos?  
Escombros, cementerios, esqueletos,  
padrón de esta sangrienta bacanal,

Do en breve sobre un pueblo de cenizas  
podrá, vagando atónito el viajero,  
romanas piedras encontrar primero  
que el polvo de esta raza criminal.

Hé nos aquí del cielo maldecidos,  
que á acelerar el triunfo de su saña  
nos da el tiempo y la muerte su guadaña  
en vértigo infernal de destrucción.

Y ruinas, sangre y mortandad cruzando  
al ebrio profanar de un sacro nombre,  
la ley del cielo y la razón del hombre  
arrastramos á un mismo panteón.

¡Hémos aquí! Posteridad tremenda,  
tú te alzarás, y en tu robusta mano  
la fuerza imbécil de este siglo enano  
en tu balanza pesarás fatal.

Con los gigantes que en jugar grandioso  
con piedras al descuido y sin cimiento  
al agua á devorar dieron, y al viento,  
y á nosotros también, su obra inmortal.

Ellos fundaban en el aire ríos;  
ellos colgaban de las nubes puentes,  
que eternos las hicieran sus torrentes  
sobre los hombres pródigas verter.

Y nosotros también montes alzamos...  
¡De ruinas y de piedras sepulcrales!  
Y sobre ellos, después, anchos raudales  
de sangre hacemos bárbaros correr...

Y en tanto tú, sagrado monumento,  
sordo á nuestros estúpidos clamores,  
nuestra impotente rabia y sus furoros  
como agua de turbión oirás crujir.

Y cuando el mundo ya no sepa el nombre  
de este siglo decrepito é infecundo...  
acaso puedas abrumar al mundo  
con un nombre que agnarda el porvenir.

Díselo, sí; los pueblos venideros  
en ti lean el nombre soberano  
del pueblo que te alzó, y en humo vano  
el nombre nuestro espárzase veloz.

Ríe, si hoy á tus pies brama cual trueno  
entre montañas... su impotente orgullo  
pasará, y de tus aguas el murmullo  
ahogará al fin su tormentosa voz!

NICOMEDES PASTOR DÍAZ

FIN











**MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS**

**BIBLIOTECA**

Pesetas.

Número.. 4164      Precio de la obra.....  
Estante... 71      Precio de adquisición .....  
Tabla..... 3      Valoración actual.....  
Número de tomos.. ..



AC

4

ACUEDUCTO  
DE  
SEGOVIA

4144